

La última jugada

Títulos Por:

Fernando Trujillo Sanz

Mail: nandoynuba@gmail.com

1

EXT. CALLE. - DÍA

Una nube de peatones espera al borde del paso de cebra a que el semáforo se ponga en verde. La calle es muy ancha, con dos carriles en cada sentido. Los vehículos circulan con normalidad entre un tráfico bastante denso.

El MENSAJERO, (80), un anciano delgado, bajo y de aspecto débil, se acerca cojeando por la acera, apoyándose en un bastón. Sus andares provocan que su cuerpo oscile a cada paso. Tiene la piel muy blanca, enfermiza. La mirada sombría del anciano y su rostro serio proyectan un aire amenazador. Aquellos que se cruzan en su camino y reparan en él se apresuran a retirar la vista.

Al llegar hasta el grupo de peatones, un hombre se vuelve, alertado por el sonido del bastón contra el suelo. Al ver al mensajero, retrocede de un salto y tira de un chico que estaba a su lado, dejando el paso libre. El anciano prosigue su camino impasible. Pasa entre los peatones y se dispone a cruzar el paso de cebra.

En cuanto pone un pie sobre la calzada, el semáforo cambia a color verde. Un coche da un frenazo brusco y se detiene a escasos centímetros del anciano, que sigue cojeando, indiferente.

Según avanza por la calle, más coches se van frenando ante el anciano. A uno de esos coches lo golpea otro por detrás.

Los conductores se bajan y discuten acalorados. Los peatones del otro lado de la calle, que han observado todo boquiabiertos, se apartan cuando llega el anciano, cojeando al mismo ritmo, sin prisas, sin detenerse, sin dar muestras de que nada de lo que sucede a su alrededor le importe.

2

INT. HOSPITAL. QUIRÓFANO. - DÍA

Hay un paciente tumbado boca arriba en una camilla. Dos médicos y dos enfermeras están a su alrededor.

ÁLVARO, (40), de estatura media, delgado, con los ojos hinchados asomando detrás de la mascarilla, termina de cortar el esternón del paciente con una sierra. El hueso se separa con un chasquido. PEDRO, (40), procede a separar las costillas con el instrumental apropiado, sin dejar de mirar a Álvaro con atención. El corazón del paciente queda a la vista. Álvaro le entrega la sierra ensangrentada a una enfermera.

PEDRO
¿Una mala noche?

(CONTINÚA)

ÁLVARO

Podía haber ido mejor, pero no me quejo.

Los dos cirujanos limpian el corazón, preparándose para cortar las arterias y las venas que lo rodean.

En una mesa adyacente descansa otro corazón, cerca del aparato que monitoriza las constantes vitales del paciente.

PEDRO

¿Cuánto perdiste?

ÁLVARO

Gané, pero poco.

PEDRO

Se nota por lo alegre que estás.
¿Crees que no conozco esa mirada?

Álvaro mira de reojo, muy rápido, a las enfermeras, que están ocupadas preparando el instrumental.

ÁLVARO

¿Tenemos que hablar de eso ahora, durante un trasplante?

PEDRO

(animado, sonriendo bajo la mascarilla)
¿Prefieres hablar del partido de anoche? ¿Lo viste?

Álvaro se encoge de hombros y sigue trabajando en el corazón. Pedro repara en que sus movimientos no son demasiado precisos y parece cansado.

ÁLVARO

La tensión está un poco baja.

PEDRO

(sin comprobar el monitor)
Solo un poco. (serio, mirando a Álvaro con preocupación).
¿Prefieres que me ocupe yo? No te veo muy...

ÁLVARO

(tajante)
Estoy bien. Pinza esa arteria.

PEDRO

(con el ceño fruncido)
¿Te refieres a esta? Es una vena, no una arteria. Eh, tranquilo, que es una broma.

Álvaro suspira. Pedro reanuda su trabajo.

ÁLVARO
¿Compraría un Mercedes de solo
dos años?

Pedro está concentrado en el pecho del paciente, no puede ver la cara de Álvaro.

PEDRO
(irónico)
Claro. A mi mujer le encantaría
que me gastara el dinero en un
coche. Como nos sobra...

ÁLVARO
Te haré un buen precio.

Pedro levanta la cabeza y mira a Álvaro.

PEDRO
(serio)
¿El de tu hermano? No me digas
que también se ha metido...
(disimulando por las enfermeras)
en eso.

ÁLVARO
Siempre has querido tener uno.
Admítelo. Ahora puede ser tuyo.

PEDRO
¿No estará averiado? En la
universidad me vendiste un
televisor y no me duró ni un mes.

ÁLVARO
Está en perfecto estado. Si
pudiéramos trasplantar su motor
en este pecho, el paciente
viviría cien años.

PEDRO
(preocupado)
¿Cuánto dinero debes? Y no me
mientas.

ÁLVARO
Es solo una mala racha. Además,
mi hermano se ha cansado del
coche. (extrae el corazón del
pecho del paciente). Dame el
corazón.

Pedro no se mueve. Sigue mirando a Álvaro, petrificado.

PEDRO

Tienes que contármelo, puedo ayudarte. Mi mujer se gasta fortunas en ropa, así que puedo...

ÁLVARO

Esta vez no puedes. Es cosa mía.

Álvaro, molesto, rodea a Pedro, toma el corazón con ambas manos y se dispone a introducirlo en el paciente.

De repente, suena un golpe fuerte y Álvaro se queda quieto con el corazón en sus manos. La puerta, bastante pesada, se acaba de abrir bruscamente, chocando contra la pared.

Álvaro, todavía sosteniendo el corazón, ve entrar al mensajero, apoyándose en su bastón y cojeando.

PEDRO

(enfadado)

Pero, ¿qué?... Esta es una zona esterilizada. Salga de aquí ahora mismo, abuelo.

Pedro deja la frase a medias cuando Álvaro devuelve el corazón a su sitio y se acerca al mensajero, que le tiende un sobre negro con los bordes blancos. Pedro y las enfermeras se miran sin saber qué hacer. El paciente continúa con el pecho abierto sobre la camilla. Álvaro abre los ojos al límite y los clava en el sobre.

ÁLVARO

(abriendo el sobre,
extrañado)

¿Tan pronto?

El mensajero, indiferente, alza el bastón. Se ven seis marcas circulares que parecen quemaduras. Con una navaja pequeña hace un corte en la primera de las muescas. Luego se marcha cojeando espantosamente.

Álvaro saca del sobre un hoja en blanco y contempla asombrado cómo van apareciendo unos extraños símbolos, como si los dibujara alguien invisible con tinta de fuego.

Pedro hace un gesto a las enfermeras para que vigilen al paciente y se apresura a coger el corazón nuevo.

PEDRO

¿Qué haces? ¿Se te ha olvidado lo que tenemos aquí entre manos?

De improviso, Álvaro deja caer el sobre y la carta, y echa a andar hacia la puerta.

PEDRO
(asombrado)
¿Dónde vas?

ENFERMERA
Álvaro, ¿qué haces?

Álvaro se quita la bata blanca, los guantes y la mascarilla, y los deja caer al suelo sin dejar de caminar, ni volverse a mirarlos. Sale del quirófano sin pronunciar una sola palabra.

El rostro de Pedro está desencajado. Aún sostiene el corazón en las manos sin terminar de creérselo.

PEDRO
(gritando)
¡Vuelve! Será posible... ¡Álvaro!

La enfermera se agacha y recoge la carta del suelo. Pone cara de sorpresa y se da cuenta de que es una hoja en blanco, sin el menor rastro de escritura.

Se escucha un pitido agudo y continuo, que proviene del monitor de las constantes vitales del paciente.

3 **INT. CASA DE JUDITH. BAÑO. - DÍA**

JUDITH, (25), una chica delgada y guapa, de aspecto frágil, está metida en la bañera. La espuma cubre todo su cuerpo hasta los hombros.

Se enjabona el brazo derecho con mucho esmero, se detiene a observar las uñas de los dedos. Está relajada.

Suena el timbre de la puerta. Judith frunce el ceño pero continúa enjabonando su brazo.

Suenan tres puñetazos en la puerta.

CASERO (OFF)
¡Sé que estás en casa! ¡Abre la puerta!

Judith suspira, agarra una toalla y se levanta.

4 **INT. RELLANO DE LA CASA DE JUDITH. - DÍA**

El CASERO, (45), un hombre pasado de peso, grande y corpulento, espera frente a la puerta. Alza el puño para golpearla, pero se detiene al oír el pestillo.

La puerta se abre hasta la mitad y aparece Judith, mojada y vestida únicamente con una toalla anudada sobre su pecho. Caen gotas de agua del brazo que tiene apoyado en la pared. Está inclinada de modo que la mayor parte de su cuerpo quede oculto tras la puerta.

JUDITH

Perdón. Con el ruido de la ducha no había oído el timbre.

CASERO

(un poco avergonzado)

Eh... Yo, lo siento... No quería molestarte.

JUDITH

(sonriendo)

No se preocupe.

CASERO

El caso es que aún no has pagado el alquiler.

JUDITH

(sorprendida)

¿Ya estamos a día cinco? Lo siento. No sé dónde tengo la cabeza. Voy a buscar el dinero.

Judith desaparece y el casero se queda solo, esperando.

CASERO

Puedo venir más tarde. (moviendo las manos, nervioso) Aunque la verdad es que ya son tres meses de retraso... Mi mujer insiste y...

JUDITH

(asomando por la puerta)

Lo entiendo. Sé que me he aprovechado de lo buena persona que es usted. Pero esta vez le iba a pagar, lo juro. Solo tengo para un mes, pero el que viene le podré dar más, dos mensualidades. Y en cuanto cobre la indemnización por el despido...

CASERO

¿Te han despedido? No lo sabía. ¡No puedo creerlo!

JUDITH

Bueno, son cosas que pasan. Al parecer soy muy lenta cargando las cajas.

CASERO

¿Qué esperan en tu situación? Hay gente sin alma.

Judith extiende la mano con un sobre.

JUDITH

Espero encontrar otro trabajo rápido, para poder...

CASERO

Nadie te contratará. Quédate el dinero. El mes que viene hablamos cuando cobres la indemnización.

JUDITH

Pero su mujer...

CASERO

Le diré que me pagaste y que me lo he gastado en una juerga. No te preocupes. Lo importante es que te cuides. Y si necesitas cualquier cosa, me avisas.

JUDITH

Gracias, de verdad. Estaré bien.

El casero asiente, la mira con tristeza y se marcha. Se ve que es un pasillo largo, con la escalera a varios metros de distancia.

5 **INT. CASA DE JUDITH. ENTRADA. - DÍA**

Judith acaba de cerrar la puerta. En el suelo hay un pequeño charco de agua. Parece cansada. Da un paso, pero se detiene cuando vuelve a sonar el timbre de la puerta.

Se da la vuelta y abre.

JUDITH

De verdad que no tiene que preocuparse más. Ya ha hecho suficien...

Ante la puerta está el mensajero, solo, impasible, apoyado en su bastón. Levanta la mano y enseña un sobre negro con los bordes blancos.

JUDITH

Ya era hora.

Judith coge el sobre. El mensajero levanta el bastón, hace una marca con la navaja en la segunda muesca y se marcha cojeando por el largo pasillo mientras ella ve los símbolos de fuego aparecer en el papel blanco que ha extraído del sobre.

INT. BANCO. - DÍA

HÉCTOR, (55), está sentado delante de una mesa. Es un hombre muy delgado, de tez blanquecina y poco saludable. Su ropa está arrugada y sucia, no está conjuntada. Luce una barba descuidada de varias semanas y tiene el pelo despeinado y un poco largo. Algunos clientes del banco lo miran con desagrado.

Al otro lado de la mesa, la CAJERA, una mujer joven de aspecto arrollador, recoge un papel que sale de la impresora. Lo grapa junto a otros y los coloca sobre la mesa, frente a Héctor, que tiene la mirada desenfocada, apuntando al suelo.

CAJERA

Por favor, revise los detalles del préstamo mientras hago una consulta al director. Cuando vuelva estoy a su disposición para aclararle cualquier duda que pueda tener antes de firmar y retirar el dinero.

La cajera se levanta y se aleja de su mesa. Se dirige al fondo y habla con el director de la sucursal. Héctor no se mueve, permanece con la mirada perdida. La Cajera y el director mantienen una conversación agitada a juzgar por sus gestos. Ella señala a Héctor, aprovechando que no le ve por estar de espaldas. El director zanja la conversación bajando la mano con un gesto severo, similar a un golpe de kárate.

La Cajera regresa a la mesa, enfadada, aunque al sentarse suaviza su expresión con cierto esfuerzo.

La documentación para el préstamo sigue en la misma posición exacta en la que ella la dejó.

CAJERA

(dudando)

Si necesita más tiempo para revisar la documentación...

HÉCTOR

Todo está perfecto.

La cajera se encoge de hombros. Toma los papeles y los va separando.

CAJERA

Muy bien. Si tiene la amabilidad de firmar aquí, aquí... y aquí también, podrá retirar el dinero.

Héctor mira los documentos y los lugares que le han indicado. Coge un bolígrafo. Se dispone a firmar, pero se detiene.

(CONTINÚA)

HÉCTOR

Imagino que no es posible
aumentar el importe del préstamo.

CAJERA

Es el máximo que ha marcado
nuestro departamento de riesgo
tras valorar su vivienda y su
situación. (con desprecio) Yo
firmaría antes de que cambien de
idea y rebajen la cantidad.

Héctor asiente y firma los documentos tal y como le han
pedido. Luego recoge el dinero y lo mete en una mochila
naranja.

7 **EXT. CALLE. BANCO. - DÍA**

Héctor sale a la calle y camina distraído y cabizbajo. Dos
peatones se apartan para evitar chocar con él.

PEATÓN

Mira por dónde vas, vagabundo.

Héctor continúa imperturbable. Su paso es algo lento, como
si estuviera cansado. Camina entre los peatones sin apenas
darse cuenta de su presencia.

De repente no le queda más remedio que detenerse. Justo
delante de él, impidiéndole continuar, hay dos zapatos y
la punta de un bastón. Héctor alza la vista y ve al
mensajero, que saca un sobre negro con los bordes blancos
y se lo ofrece.

Héctor mira de reojo su hombro derecho, donde cuelga la
mochila naranja, luego vuelve a mirar al mensajero y el
sobre. Entonces se aparta a un lado y sigue caminando. No
mira atrás, pero ahora avanza considerablemente más
deprisa.

8 **EXT. CALLE. - DÍA**

Héctor camina un poco y llega a unas escaleras que suben
al portal de un edificio. Se sienta en el primer escalón y
se queda apoyado de lado sobre la barandilla, con la
mochila naranja sujeta entre sus brazos, mirando fijamente
un punto distante.

Un viandante arroja dos monedas a sus pies.

INT. EMPRESA DE DANTE. SALA DE REUNIONES. - DÍA

La sala de reuniones es lujosa, da imagen de empresa grande e importante. Hay grandes ventanales que muestran unas amplias vistas desde las alturas.

El centro está dominado por un mesa enorme con varias sillas a cada lado, pero solo hay tres personas, todas bien vestidas, con trajes caros.

En un extremo se sienta DANTE, (65), de hombros anchos y una barriga enorme, corpulento. A su derecha, de pie, se encuentra el VICEPRESIDENTE, (60). Sentado a la izquierda hay un joven CANDIDATO, (28), apuesto y en buena forma.

Dante repasa un expediente que tiene en sus manos.

DANTE

Bastante impresionante. Primero de tu promoción, hablas cinco idiomas... Todo esto está muy bien.

VICEPRESIDENTE

(con orgullo)

Es el candidato perfecto.

DANTE

(irónico)

Y solo has tardado seis meses en encontrarlo.

VICEPRESIDENTE

Después de tantos años, sé lo exigente que eres. He revisado todos los expedientes y entrevistado personalmente a cada candidato para que no perdieras el tiempo.

Dante sigue la conversación mientras teclea en su teléfono móvil, sin mirarlos, añadiendo un tono cada vez más arrogante a sus palabras.

DANTE

Y sin embargo no estoy impresionado. El vicepresidente de mi compañía debería ser más eficiente. (la expresión del vicepresidente se endurece. El candidato se mantiene imperturbable) Hay muchos cerebritos que sacan buenas notas. Yo busco algo más. ¿Por qué debería contratarte, muchacho?

(CONTINÚA)

El vicepresidente hace ademán de intervenir, pero Dante lo silencia con un gesto de la mano.

CANDIDATO

(con seguridad)

Porque soy el mejor. He estudiado su empresa y, a pesar del buen estado en que se encuentra, su crecimiento ha descendido notablemente en los últimos tres años. Yo puedo aportar una visión de futuro para garantizar un crecimiento a corto plazo.

DANTE

(distráido con el móvil)

Sigo sin estar impresionado. Verás, jovencito, cuando se llega a mi edad, el tiempo cobra cada vez más importancia. No es que no crea lo que dices, es que no me importa. El mundo de los negocios está lleno de charlatanes con un pico de oro. Quiero ver de lo que eres capaz.

CANDIDATO

Haré cuanto usted me pida.

DANTE

Eso me gusta. Pero como he dicho el tiempo es oro. Una prueba. Ahora. Si la pasas te contrato. (Dante deja el móvil, abre otra carpeta y saca un papel que le entrega al candidato) ¿Qué pone ahí?

CANDIDATO

(leyendo con rapidez)

Diría que es uno de los estatutos de la empresa... Es muy sencillo. Según el artículo...

DANTE

(interrumpiéndole)

En lenguaje llano. Ya contrato a abogados para que me hablen como si estuviera ante un tribunal.

CANDIDATO

Según esta cláusula, si algo le sucediera a usted, el control de la compañía recaería en... el vicepresidente. (mira al vicepresidente, que asiente como respuesta) No entiendo en qué consiste la prueba.

DANTE

¿No? Bueno, te daré una pista.
Esta empresa es mía. Quienes
trabajan para mí ganan bastante
dinero, pero nadie más que yo.
Ahora supón que ya estás
contratado. Tu misión es velar
por mis intereses.

Dante se cruza de brazos y se recuesta en la butaca. El vicepresidente está claramente desconcertado. El candidato se muerde el labio inferior, está pensando tan rápido como puede. Entonces se levanta y mira al vicepresidente fijamente.

CANDIDATO

Está usted despedido.

VICEPRESIDENTE

(sorprendido e indignado)

¿Qué? Se puede saber qué...

DANTE

Ya le has oído.

VICEPRESIDENTE

He trabajado 25 años en esta
compañía...

DANTE

Entonces ya deberías conocerme.
(el vicepresidente, conteniendo
la rabia, se marcha de la sala
tras fulminarlos a ambos con la
mirada) Eres bueno, chico. Recoge
todo esto.

El Candidato se apresura a ordenar todos los documentos. Dante se levanta y se va. Al llegar a la puerta se detiene. El mensajero está allí y le tiende un sobre negro con los bordes blancos. Dante lo coge con firmeza. El mensajero hace la correspondiente marca en el bastón y se va.

Dante extrae la carta y ve los símbolos de fuego apareciendo.

Por detrás llega el Candidato con las carpetas bajo el brazo. El Candidato mira con curiosidad pero solo ve un papel en blanco.

CANDIDATO

Gracias por todo, señor. ¿Cuándo
empiezo?

DANTE
(sin dejar de leer la carta)
Cuando alguien te contrate.

CANDIDATO
(incrédulo)
Pero...

DANTE
(cortándole)
Ya me has oído. Seguro que
alguien tan listo como tú es
capaz de encontrar la salida.

Dante dobla la hoja en blanco y la guarda en el bolsillo mientras sale de la sala, dejando la candidato con la boca abierta.

10

EXT. CALLEJÓN. - NOCHE

El callejón es oscuro y apartado. Está mal iluminado, excepto por una zona rectangular que imita a un cuadrilátero.

Hay mucha gente alrededor, excitada por el combate que acaba de tener lugar. Algunos vitorean al vencedor, otros maldicen y entregan billetes a los que ganaron las apuestas.

En el suelo del cuadrilátero provisional yace CÉSAR, (28), alto y musculoso. Está tumbado boca abajo con los ojos cerrados y un hilo de sangre que resbala por su rostro desde el ojo izquierdo. El otro BOXEADOR está de pie, con expresión triunfal. El ÁRBITRO, un hombre mal vestido, que mastica un puro y lleva un fajo de billetes que asoma por el bolsillo de su camisa, se acerca al Boxeador y levanta su brazo para señalar su victoria.

ÁRBITRO
(gritando para hacerse oír
entre el gentío)
¡Caballeros, tenemos un vencedor!
Ganador por KO, en el segundo
asalto. (se oyen más clamores)
Cobren sus apuestas pero no se
vayan, que aún quedan más
combates antes de terminar la
noche.

El boxeador sale del ring. El Árbitro saluda a los espectadores con una reverencia.

ÁRBITRO
(mirando a CÉSAR)
¡Que alguien se lo lleve! ¡Y
limpiad un poco el suelo antes
(MÁS)

(CONTINÚA)

ÁRBITRO (continúa)
del siguiente! Nuestro público
exige espectáculos de calidad.

Dos pares de brazos recogen a César del suelo.

11 **INT. CAFETERÍA. - NOCHE**

Es una cafetería humilde. Hay solo un par de clientes en la barra. César está sentado a una mesa, mirando con aire pensativo su reflejo en la ventana. Los guantes de boxeo cuelgan del respaldo de la silla de al lado.

Una camarera deja sobre la mesa una taza de café. Poco después el boxeador con el que acaba de pelear se sienta enfrente de él.

BOXEADOR
¿Por qué lo has hecho?

CÉSAR
No sé de qué me hablas.

BOXEADOR
¡Y un huevo! A los demás no sé,
pero a mí no puedes engañarme.
Bajaste la guardia a propósito. Y
sé que no te di tan fuerte como
para noquearte.

CÉSAR
Puede que seas mejor de lo que
crees. O yo peor.

BOXEADOR
(inquieto)
¿Te han pagado para perder?

CÉSAR
No temas, nadie me ha pagado
nada, así que nadie puede
sospechar de ti tampoco.

BOXEADOR
Debes de ser muy estúpido para
creer eso. Si querías perder,
deberías haber esperado al menos
6 o 7 asaltos. Apenas había
empezado el segundo. ¿Sabes
cuánto dinero mueven las
apuestas? Con suerte la mafia
solo te romperá las piernas.

César da un sorbo al café.

CÉSAR

Eso debería darte una idea del mundo en el que estás metido.

BOXEADOR

¿Qué quieres decir?

CÉSAR

Has ganado mucho dinero con el combate. Aprovecha y déjalo ahora que puedes. Es lo que habría querido tu padre. Él... me ayudó a mí una vez, hace tiempo.

BOXEADOR

¿Antes o después de convertirse en un maldito borracho?

CÉSAR

Todos cometemos errores.

BOXEADOR

(muy enfadado)

¿Qué sabrás tú? Yo sé cuidar de mí mismo.

El Boxeador parece molesto cuando se levanta. César le mira con tristeza. El Boxeador, que había hecho ademán de irse, se detiene y lo mira una vez más.

BOXEADOR

Gracias. No sé por qué lo hiciste, pero yo en tu lugar desaparecería.

César asiente, y una vez que está solo, se inclina para contemplar su reflejo en la ventana una vez más.

Suenan pasos acompañados de un golpe, cada vez más cercanos. César regresa a su postura normal y ve al mensajero tomando asiento enfrente de él. El anciano se mueve con dificultad, despacio.

CÉSAR

(respetuoso)

¿Quiere tomar algo, señor?

Las manos arrugadas del mensajero se deslizan sobre la mesa. Una arrastra un sobre negro hasta dejarlo cerca de César, la otra toma la taza de café.

CÉSAR

Ah, es usted. No sabía...

El anciano da un sorbo al café. Se miran unos segundos en los que César no sabe qué hacer.

CÉSAR
(inseguro)
Muchas gracias.

Coge el sobre y lo abre. Mientras extrae la carta, el mensajero hace una marca en la muesca correspondiente del bastón. La camarera, que pasa cerca de la mesa, se extraña de ver a César concentrado en un papel en blanco.

CÉSAR
(terminando de leer)
¿Tengo que firmar algo?

Va a decir algo más pero no lo hace porque está solo. El mensajero ha desaparecido.

12

EXT. CALLE. - NOCHE

Héctor sigue sentado en la misma posición, bajo la luz que cae desde una farola justo encima de él. En el suelo, a sus pies, hay varias monedas esparcidas.

De improviso, se levanta y cruza la calle con gran determinación. Un coche da un frenazo para evitar atropellarlo. El conductor se asoma por la ventanilla.

CONDUCTOR
(gritando)
¡Mira por dónde vas, imbécil!

Héctor sigue cruzando sin dar muestras de haber oído nada.

Una MADRE, (35), y su HIJO, (10), van andando por la calle. Al hijo le falta una pierna y cojea. Usa una prótesis. La madre gira la cabeza al escuchar el grito en la calzada y ve a Héctor caminando hacia ella. La mujer le mira muy sorprendida.

HÉCTOR
Solo quería darte esto. No pretendo molestaros.

HIJO
(inquieto por el aspecto de Héctor)
¿Es un amigo tuyo, mamá?

MADRE
(tranquilizando a su hijo con la mano)
Te dije que no tenías que hacerlo.

HÉCTOR
(ofreciendo la mochila)
Por favor, acéptalo.

(CONTINÚA)

La madre observa la mochila durante unos segundos. Su expresión se ensombrece. Cuando vuelve a mirar a Héctor sus ojos están tristes y apagados.

MADRE

Tú también puedes superarlo. Si yo he podido...

HÉCTOR

(mirando al niño)

Tú tienes una razón y eres fuerte.

El niño no entiende de qué hablan, pero intuye algo preocupante. Mira a Héctor con desconfianza. Aquel tipo desgarrado no le gusta. Se acerca más a su madre.

MADRE

Si noso... (se detiene al reparar en su hijo y rectifica) Si yo he podido perdonarte, tú también puedes hacerlo. (Héctor se limita a guardar silencio sin responder) Lo que pretendes no es la solución.

HÉCTOR

El perdón hay que merecerlo. Toma. Es todo lo que he podido conseguir.

Héctor tiende la mochila a la madre, pero ella no la coge. El niño hace amago de agarrarla, pero su madre se lo impide.

HÉCTOR

(mirando al chico)

Solo lamento no haber podido reunir más.

Héctor deja la mochila en el suelo, delante de la madre y el niño. Luego se da la vuelta y se marcha.

MADRE

¡No lo hagas!

Héctor sigue caminando sin volverse.

13

INT. CASA DE HÉCTOR. - DÍA

Héctor entra en su casa y camina hasta el salón. A su alrededor todo es desorden y porquería. Hay ropa tirada sobre los muebles, restos de comida por el suelo...

Al llegar al salón encuentra allí al mensajero. Levanta el bastón y señala un cojín sucio y descosido que yace sobre

(CONTINÚA)

un sofá en un estado lamentable. Encima del cojín está el sobre negro con los bordes blancos. Después, el mensajero señala la tercera muesca del bastón y da varios golpecitos con el dedo índice.

Héctor recoge el sobre y lo abre. El mensajero hace la tercera marca en el bastón y se marcha cojeando mientras Héctor lee la carta.

14

INT. CASA DE JORGE. SALÓN. - DÍA

JORGE, (50), un hombre alto y bien vestido, al que apenas le queda pelo en la cabeza, está sentado en un sillón leyendo el periódico.

El salón es muy elegante, con muebles de diseño y un amplio ventanal por el que entra abundante luz.

El mensajero está apoyado en el bastón cerca de una mesa de mármol, a unos metros de distancia. Sobre la mesa descansa un sobre negro con los bordes blancos. El anciano tiene los ojos clavados en Jorge. No pestañea, no respira, parece como si Jorge fuese lo único que hay en el mundo. Jorge disfruta de su lectura con total normalidad.

La puerta se abre y entra ANTONIO, (25), alto y decidido, atractivo, vestido muy informal y moderno. En su cuello asoma un tatuaje de una serpiente y lleva un pendiente en la nariz.

ANTONIO

(molesto, agitando unos papeles)

¿Así es como haces ahora las cosas? ¿Con un comunicado legal de tu abogado?

JORGE

(dejando el periódico sobre la mesa)

¿Habrías venido si te lo pidiera?

Antonio, que ha entrado hecho una furia, advierte en ese momento la presencia del mensajero detrás de él.

ANTONIO

¿Y ese viejo quién es?

JORGE

Solo un mensajero. No te preocupes por él.

El mensajero no despega los ojos de Jorge, aparte de eso no hace nada más. Antonio suspira. Pasea nervioso por el salón. Jorge, muy calmado, lo sigue con la mirada.

(CONTINÚA)

ANTONIO

No me culpes por no querer saber nada de ti. Es lo que me enseñaste, ¿verdad, papá? (con desprecio) Papá... Apenas me sale esa palabra... Como decía, es lo que me ensañaste, Jorge. Lo único, en realidad. A lo mejor dentro de 17 años te envío yo a ti una notificación legal. ¿Te gustaría?

JORGE

¿La has leído?

ANTONIO

Ni siquiera entiendo la mitad de toda esa palabrería legal. Pero creo que pillo la idea. ¿Qué quieres, que sea tu mano derecha o algo así? Ni lo sueñes. Si quieres hacer algo por mí, suéltame pasta y vuelve a desaparecer.

JORGE

Quiero que dirijas la empresa y que te hagas cargo de ella.

ANTONIO

(sorprendido)

¿Porque soy tu hijo? Pero si no te he visto desde los ocho años...

JORGE

Eres mi único hijo.

Antonio finalmente se sienta en frente de Jorge.

ANTONIO

(pensativo)

No me lo trago. Tiene que haber por ahí muchos listillos capaces de dirigir una empresa como Dios manda.

JORGE

No son mi familia, mi sangre. Mi padre me dejó a mí esta empresa y quiero que continúes mi legado. En realidad quiero más. Tienes que casarte y tener un hijo.

ANTONIO

Y encima me impones reglas. Típico de los ricachones. A lo

(MÁS)

(CONTINÚA)

ANTONIO (continúa)
mejor crees que tienes algún
derecho sobre mí, pero te
equivocas.

JORGE
Es posible. Pero es mi deseo.
¿Quieres seguir siendo un
fantoche sin futuro que necesita
llevar esas pintas para creerse
alguien importante o prefieres
perpetuar el legado familiar?
Solo te pido que te cases y
aprendas lo esencial de los
negocios. Yo te enseñaré.

ANTONIO
De eso va la cosa, ¿no? Vamos a
pasar tiempo juntos para que
aprenda de ti. Me compras con tu
asquerosa empresa y crees que yo
te perdonaré. Olvídalo. Si
tuviese un hijo, lo último que
haría sería seguir tu ejemplo y
abandonarle.

JORGE
Podrás dejarle a él la empresa si
tú no la quieres. Es de nuestra
familia.

ANTONIO
Espero dejarle algo mejor.
Valores y un ejemplo de lo que es
un padre decente. ¿Quieres
enseñarme? Muy bien, empieza por
decirme dónde te metiste todo
este tiempo, sobre todo cuando
mamá murió.

JORGE
En la cárcel.

Antonio recibe la noticia con sorpresa.

ANTONIO
Algo habrás hecho para que te
encierren. ¿Te soltaron o te has
escapado?

JORGE
Pagué mi deuda con la sociedad.

ANTONIO
Y si yo mantengo la empresa y
continúo la saga familiar, tu
vida tendrá sentido. ¿Lo he
entendido bien?

JORGE

Mi vida no, mi muerte.

Antonio vacila durante un segundo, pero solo un segundo.

ANTONIO

No sé si quiero nada de ti. No te mereces una segunda oportunidad.

JORGE

En eso tienes razón.

Jorge se levanta y cruza el salón. Antonio lo mira sin saber qué hacer. Jorge llega hasta la mesa de mármol y coge el sobre negro. El mensajero continúa observándolo, igual que Antonio, que no entiende qué está pasando.

Jorge parece reflexionar durante unos segundos con el sobre en la mano. Finalmente lo rasga por la mitad, luego vuelve a romperlo y deja caer los pedazos sobre la mesa. El anciano, lentamente, alza su bastón y corta con la navaja en la última muesca que quedaba intacta. Después se levanta y cojea hacia la puerta.

Antonio se aparta, un poco asustado, del camino del anciano, quien se desplaza con paso bamboleante debido a la cojera.

ANTONIO

(extrañado)

¿De qué va todo eso?

JORGE

(muy serio)

No busco una segunda oportunidad porque no la merezco. Solo te pido que consideres mi oferta. Será poco tiempo a mi lado, dos años como mucho. Puedes abandonar cuando quieras si cambias de opinión, así que no pierdes nada. Pero tendrás que casarte antes de que transcurra ese tiempo.

Antonio mira con mucha intensidad a su padre y se lo piensa.

15

EXT. CALLE DE LA CASA. - NOCHE

Álvaro camina por una calle de edificios modernos y altos, de al menos cinco plantas. Comprueba el nombre de la calle y dobla una esquina. Álvaro arroja miradas furtivas a ambos lados con frecuencia. No se ve a nadie y no circula ningún coche. El silencio es incómodo. Va siguiendo atentamente los números. Al final se detiene y mira al frente.

(CONTINÚA)

Está delante de una casa de madera rodeada por una pequeña parcela. A ambos lados hay edificios de hormigón, de varios pisos de altura. La casa no concuerda con la arquitectura del resto del barrio. Es una construcción de dos pisos, antigua y descuidada.

La parcela está rodeada por una verja oxidada que amenaza con derrumbarse en varios puntos del trazado. Entre sus varas de hierro negro, hay una auténtica maraña de hiedra medio seca.

16 **EXT. JARDÍN DE LA CASA. - NOCHE**

Álvaro se acerca y empuja la verja. Está abierta. Penetra en un jardín desatendido donde una gran variedad de flores y hierbas se mezclan de modo confuso y salvaje, dejando patente su falta de cuidados. Álvaro recorre un tosco camino formado por una sucesión de piedras lisas, parcialmente cubiertas de césped.

Al llegar frente a la puerta alza el puño, pero no llega a golpear. Se escucha un chirrido que procede de las bisagras y la puerta se abre pausadamente.

17 **INT. ENTRADA DE LA CASA. - NOCHE**

Álvaro entra y la puerta se cierra a su espalda. Está en una estancia pequeña con el suelo de madera y un espejo enorme delante. Hay un perchero y una mesa muy fina con un jarrón de flores.

La decoración es antigua. Álvaro deja su abrigo en el perchero, junto a otros tres más, y avanza.

18 **INT. CASA. SALÓN. - NOCHE**

Álvaro abre la puerta y entra en una estancia amplia. Hay una mesa grande con un jarrón de rosas y un mantel muy llamativo. También hay diversas botellas de alcohol, vasos y copas de cristal con grabados muy elaborados.

Se mantiene el ambiente antiguo en la decoración. Las ventanas están cubiertas por gruesas cortinas de color rojo que llegan hasta el suelo. Los muebles cuentan con adornos recargados y hay una alfombra inmensa con un estampado muy rebuscado.

En una de las paredes laterales hay un sofá de respaldo alto frente a una chimenea, donde varios troncos alimentan un fuego acogedor. En el sofá están sentados Judith y Héctor con la mirada perdida en las llamas.

ÁLVARO

Buenas noches. (acercándose a la chimenea. Nadie contesta) Si vamos a permanecer en silencio esta será una noche muy larga.

Judith se vuelve y lo mira. Tiene el pelo recogido en una coleta.

JUDITH

Tienes razón, lo siento. Me llamo Judith y este es Héctor. No habla mucho.

Héctor continúa mirando el fuego en silencio.

ÁLVARO

Ya veo... Yo soy Álvaro. Perdona mi indiscreción pero pareces muy joven. No debes de tener más de...

DANTE (OFF)

Ya era hora. ¿No podías haber llegado antes?

Álvaro se da la vuelta y observa al recién llegado. Dante le devuelve una mirada arrogante. Lleva el cuello de la camisa desabrochado y la corbata aflojada.

ÁLVARO

Te aseguro que he venido en cuanto he recibido la invitación.

DANTE

Seguro que sí. Yo me llamo Dante.

Se dan la mano con desconfianza.

ÁLVARO

¿Nos conocemos?

DANTE

No.

ÁLVARO

Tu cara me suena.

DANTE

Pues a mí la tuya no, y yo nunca olvido una cara.

ÁLVARO

No hay razón para que nos enfademos, ¿no crees?

DANTE
(irónico)
Claro. Seremos grandes amigos.

ÁLVARO
Que vayamos a enfrentarnos no implica que tengamos que odiarnos. Esto es un juego después de todo. Yo creo que no hay razón para no comportarse con deportividad...

DANTE
(cortándole)
Corta el rollo. (se acerca a la mesa y se sirve una copa) Dudo mucho que ni siquiera tú creas lo que acabas de decir.

JUDITH
Dejad para luego vuestras diferencias.

DANTE
Habló la joven princesa.

JUDITH
No soy tan joven como crees. Sé que aparento menos, pero tengo treinta y dos años.

DANTE
Maravilloso, en serio.

Álvaro hace ademán de intervenir pero no llega a decir nada al escuchar el sonido de la puerta. César acaba de llegar y los mira a todos con timidez. Está vestido con un chándal y lleva los guantes de boxeo colgando de un hombro.

CÉSAR
Buenas noches. Creo que es aquí donde...

DANTE
(cortándole)
Sí, aquí es. Al menos ya solo falta uno.

ÁLVARO
(acercándose a César)
No le hagas caso. Yo también acabo de llegar. Bienvenido. Yo soy Álvaro, Judith, Héctor, y el simpático se llama Dante.

Dante esboza una falsa sonrisa y apura su copa de un trago.

DANTE
Bonita ropa has elegido para
venir.

CÉSAR
(avergonzado)
Yo... acababa de terminar un
combate cuando...

DANTE
¿Ganaste?

CÉSAR
(desviando la mirada)
No.

DANTE
(abriendo los brazos)
¡Bienvenido! Me encantan los
perdedores.

LA NIÑA (OFF)
¿Dónde está Zeta?

Los cinco intercambian una mirada de interrogación al no reconocer la voz, incluso Héctor despega los ojos de la chimenea para mirar alrededor.

Se escucha una risa infantil y juguetona. También se oyen golpes débiles en el suelo. Identifican la procedencia del ruido detrás de Héctor y Judith. Álvaro rodea el sofá, seguido de Dante y César. Todos se quedan asombrados ante la imagen que se encuentran.

ÁLVARO
¿Vosotros sabíais que estaba ahí?

Judith se gira y mira por encima del respaldo del sofá.

DANTE
Yo no tenía ni idea

JUDITH
Ni yo.

ÁLVARO
¿Tú lo sabías, Héctor?

Héctor no contesta. Se levanta y se arrodilla cerca de la NIÑA. La observa fascinado. Es una niña de unos cuatro años, morena, con el pelo recogido en dos coletas. Tiene una preciosa cara risueña y la tez blanca.

DANTE
(a Héctor)
¿Por qué no respondes, indigente?
¿Tú sabías que estaba aquí esta
mocosa?

Héctor continúa examinando a la chica en silencio. La Niña se aproxima un poco a Álvaro, que es el que más cerca está de ella, y le obsequia con una sonrisa.

LA NIÑA
¿Dónde está Zeta?

ÁLVARO
(arrodillándose frente a la Niña)
No sé dónde está Zeta, pequeña.
¿Quién es Zeta? (mirando a Dante)
¿Alguien lo sabe?

JUDITH
Yo, no. Y no entiendo cómo ha entrado en la habitación sin que nos diéramos cuenta.

ÁLVARO
A lo mejor ya estaba cuando llegasteis.

JUDITH
¿Y no la hemos oído en todo este tiempo?

DANTE
Esto es absurdo. Una niña no puede estar aquí esta noche, precisamente. Llamaré a la policía.

HÉCTOR
(levantándose bruscamente)
¡No lo hagas!

DANTE
¿Se puede saber qué te pasa, desharrapado?

La Niña les mira con expresión divertida.

HÉCTOR
Yo no la tocaría. Es... Ella.

ÁLVARO
¿A qué te refieres? La Niña no puede ser la sexta, es imposible.

DANTE
(dirigiéndose a Héctor)
Tú eres el que no debe tocarla.
Con lo sucio que estás, le transmitirías alguna enfermedad.

Dante da un paso hacia la Niña.

HÉCTOR

Es Ella. (Dante se detiene) Mira su sombra, fíjate bien. Es Ella.

DANTE

La madre que...

Todos se fijan en la sombra de la Niña, siguiendo el consejo de Héctor, y observan que se dirige en sentido contrario a las demás. Las sombras de los cinco invitados se proyectan hacia la pared, igual que la del resto de los objetos de la habitación, dado que la luz proviene de una lámpara enorme que está situada en el techo, a sus espaldas. La sombra de la Niña, por el contrario, se extiende hacia el centro de la estancia.

ÁLVARO

(con admiración)

Es increíble.

DANTE

Es un truco.

JUDITH

¿De verdad? ¿Y cómo se hace un truco así?

Dante no contesta. Todos observan a la Niña unos segundos, boquiabiertos. La pequeña sigue sonriendo con dulzura.

ÁLVARO

Héctor tiene razón. Definitivamente es Ella.

DANTE

Nunca lo hubiera imaginado. ¿Qué años tendrá? Cinco, como mucho.

JUDITH

Tal vez cuatro.

DANTE

A eso me refiero. No sabrá ni escribir. Ella no ha podido enviarnos las invitaciones.

HÉCTOR

No entendéis nada de nada.

César, algo más alejado de los demás, observa a la Niña entre asombrado y asustado.

ÁLVARO

La verdad es que yo no, pero es evidente que ella es nuestra querida anfitriona.

JUDITH
¿Qué esperabais?

DANTE
Pues alguien cincuenta años
mayor, como poco.

LA NIÑA
¡Quiero jugar!

La Niña echa a andar hacia la mesa con paso tambaleante y los tres hombres se apartan rápidamente para dejarla pasar.

DANTE
Se la ve contenta.

CÉSAR
Mucho mejor así, ¿no?

Héctor los mira con desaprobación y luego va tras la Niña. La chiquilla llega hasta una silla que está junto a la mesa y trata de subir a ella. Es demasiado alta para su corta estatura. Héctor se sitúa cerca, en cuclillas, y la observa con atención.

CÉSAR
No creo que pueda ella sola.
¿Deberíamos ayudarla?

DANTE
(con sarcasmo)
Buena idea. Adelante, aúpala tú,
que estás fuerte.

JUDITH
Nos está indicando que tomemos
asiento. ¿No os habéis fijado en
la mesa?

Las botellas de alcohol, los vasos y todo lo que había sobre la mesa ha desaparecido. En su lugar hay un gran tapete verde. Seis sillas rodean la mesa, incluyendo la que trata de ocupar la Niña.

Álvaro y Dante intercambian una mirada de sorpresa.

HÉCTOR
Menos mal que alguien se da
cuenta de lo que está pasando.

DANTE
Espero que vuelva a traer la
bebida, porque no sé si podré
aguantar a ese (señalando a
Héctor) sin echar un trago.

Héctor toma asiento al lado de la silla que trata de ocupar la Niña, sin dar muestras de que le haya molestado el comentario de Dante.

ÁLVARO

Yo ayudaré a la Niña a subir a la silla.

DANTE

Tú mismo.

Álvaro se acerca a la Niña y se agacha con los brazos extendidos. Antes de llegar a tocarla se escucha un gruñido muy grave que retumba en el salón. Todos se quedan paralizados. Álvaro sigue con la espalda doblada y los brazos estirados. El gruñido sigue sonando, es de un animal. Poco a poco, Álvaro gira la cabeza y lo ve.

A unos metros de distancia, junto a las cortinas, hay un perro negro enorme, de pelo largo y patas musculosas. Pesa más de setenta kilos y su aspecto es amenazador. Enseña los colmillos y tiene los ojos clavados en Álvaro. Las patas están ligeramente flexionadas, preparadas para saltar sobre Álvaro.

JUDITH

(susurrando)

No te muevas.

ÁLVARO

No pensaba hacerlo.

CÉSAR

(asustado)

¿D-D-De dónde ha salido?

ÁLVARO

¿Alguna idea, Héctor?

Héctor está boquiabierto mirando al perro. La Niña sigue intentando subir a la silla, ajena a los demás.

HÉCTOR

Confieso que no. Pero yo en tú lugar tendría cuidado. Te mira a ti.

ÁLVARO

Tomo nota. ¿Alguien me ayuda? Tiradle algo, a ver si se va.

DANTE

Conmigo no cuentas. Yo no molesto a esa bestia ni loco.

JUDITH
Aléjate de la Niña.

DANTE
¿Estás segura, princesa? ¿Y si eso es peor todavía?

JUDITH
Al menos he tenido una idea. No imaginé que te importara lo que le sucediese a Álvaro.

DANTE
Pues te equivocas. De qué me sirve haber venido si no estamos los seis para jugar.

CÉSAR
Tenemos que hacer algo.

ÁLVARO
Eso estaría bien. No puedo quedarme en esta postura indefinidamente.

HÉCTOR
Haz lo que ha dicho Judith. Al viejo, ni caso, que no se entera de nada.

Álvaro suspira y, lentamente, levanta el pie que está más cerca de la Niña. No sucede nada. Entonces lo posa dando un paso lejos de la mesa y el gruñido del perro baja de intensidad. Álvaro da otros dos pasos y termina de apartarse. El perro se relaja y esconde los dientes.

DANTE
Joder con el chucho. Casi me cago en los pantalones.

ÁLVARO
(con la respiración agitada)
Dímelo a mí... Sugiero que nadie toque a la niña.

DANTE
¿Y qué me decís del vagabundo?

CÉSAR
¿Por qué insultas continuamente?

DANTE
(mirando a César con desprecio)
El mugriento sabe algo que no nos cuenta.

HÉCTOR

Sé utilizar el cerebro.

JUDITH

Yo también lo veo como él. Es lógico.

ÁLVARO

Sí que lo es, sobre todo en frío. Pero no es normal cómo ha conservado la calma delante de ese animal.

DANTE

Ya te decía yo que es muy raro este tipo. No hay más que ver lo poco que le gusta el jabón. Dinos, ¿cómo es que no te has asustado? ¿Eres muy valiente? ¿Como el fortachón?

HÉCTOR

Eso es asunto mío.

ÁLVARO

No nos enfademos, son solo los nervios.

LA NIÑA

¡Zeta! ¿Dónde estabas?

Los cuatro miran asombrados al perro trotando hasta la Niña. La pequeña lo recibe con una carcajada y le abraza el cuello. Sus pequeños brazos apenas pueden rodearlo. El perro luce una expresión de felicidad. La chiquilla le tira de las orejas y le hace todo tipo de travesuras, luego empieza a darle pequeños golpes, como incitándole a pelear.

ÁLVARO

Bueno, pues ya sabemos quién es el famoso Zeta.

CÉSAR

Me da miedo verlos jugar. La niña es tan pequeña...

HÉCTOR

No le va a pasar nada. Y menos con el perro.

La Niña toma un cojín y empieza a atacar a Zeta. El perro aguanta los golpes con paciencia, hasta que de repente muerde el cojín y deja escapar un gruñido suave.

Álvaro y Dante dan un paso atrás involuntariamente. Héctor ni se inmuta. La Niña sigue tirando del cojín que sujeta el perro mientras se ríe descontrolada.

(CONTINÚA)

CÉSAR

Como sigan así me va a dar algo.

JUDITH

Y a mí.

La Niña suelta el cojín y le da una palmada cariñosa a Zeta.

LA NIÑA

¡Quiero jugar!

Zeta dobla las patas traseras, se sienta al lado de la silla de la Niña y posa la cabeza en el asiento. La pequeña se aproxima dando saltitos, con las coletas botando, y luego trepa por el lomo del perro hasta alcanzar la silla. Ahí permanece de pie y apoya la barriga contra la mesa. Hay unos bloques de plástico con diversas formas: cuadrados, rectángulos, pirámides, círculos... La Niña juega con ellos, apilando unos sobre otros.

LA NIÑA

¡A jugar!

ÁLVARO

Creo que debemos imitarla. Al parecer, a nuestra pequeña anfitriona no le gusta hablarnos directamente.

CÉSAR

¿De dónde han salido esos juguetes?

Héctor está sentado y mira a la Niña fijamente, como si no existiera nada más. Dante ocupa uno de los asientos más lejanos de la anfitriona y la observa con desconfianza. Álvaro se vuelve hacia Judith, que no se ha levantado del sofá, y la invita a unirse a la mesa.

JUDITH

Nos está pidiendo que juguemos y ya va siendo hora de empezar.

Judith se levanta del sofá, aparta algunos cojines que tenía encima, y Álvaro se queda absolutamente atónito, igual que César.

Por primera vez se ve el vientre de Judith. Está embarazada. Se nota claramente a pesar de llevar un vestido amplio.

ÁLVARO

P-Pero... No lo entiendo.
Estás...

JUDITH
(caminando hacia la mesa)
Embarazada, sí. No es asunto
tuyo.

CÉSAR
(espantado)
No deberías estar aquí.

DANTE
Yo pensé lo mismo. Está
completamente loca, pero así son
las mujeres.

Álvaro contiene una réplica y luego retira la silla entre Héctor y Dante para ayudar a Judith a tomar asiento. Ella se sostiene el vientre con una mano al hacerlo.

Álvaro se sienta en el único hueco que queda libre, al otro lado de la Niña, que sigue jugando tranquilamente con sus juguetes.

ÁLVARO
(mirando a Judith)
Aún puedes echarte atrás.

JUDITH
No, no puedo.

DANTE
¿Quieres dejarla en paz? Ya es
mayorcita y puede decidir por sí
misma.

ÁLVARO
Cállate, solo te importa que
juegue.

DANTE
Naturalmente, y a ti también,
aunque pretendas aparentar lo
contrario.

JUDITH
Es mi decisión. Empecemos.

Se produce un silencio incómodo.

DANTE
Esperad un momento. Falta uno.

Zeta trota hasta el sofá y desaparece detrás. Regresa enseguida con una muñeca entre las fauces que ofrece a la Niña meneando el rabo.

LA NIÑA

(apilando las figuras)
Gracias, Zeta (el perro ladra
como respuesta) Pero no quiero
más juguetes. Tengo los que
necesito.

JUDITH

Ya la has oído.

HÉCTOR

El sexto ha debido rechazar la
oferta.

La Niña deja de jugar momentáneamente y le dedica a Héctor
una sonrisa deliciosa.

CÉSAR

¿Se podía hacer eso?

ÁLVARO

Bueno, si no, no sería una
invitación.

DANTE

(enfadado)

La invitación era para seis.
Tocaremos a menos. (se levanta de
la silla) Ahí os quedáis.

Dante se dirige a la puerta, pero nada más dar dos pasos,
se cierra sola en sus narices. Todos miran sorprendidos,
menos Héctor que sigue observando a la Niña, embelesado.

Dante, tras un momento de vacilación, levanta el puño con
intención de golpear la puerta.

HÉCTOR

Debiste pensarlo antes de aceptar
la invitación. Ya no hay marcha
atrás.

DANTE

¿Eres el listillo del grupo?

CÉSAR

Yo ni siquiera sabía que venir
era opcional.

DANTE

(a César)

Desde luego el listo no eres tú.
Eso seguro.

Dante vuelve a sentarse de mala gana.

ÁLVARO

(forzando una sonrisa)
Pues vamos a empezar (toma un paquete del centro de la mesa y lo rasga. Saca una baraja de cartas) Póquer cubierto sin comodines. Suerte a todos.

Nadie contesta. Cada uno coge del centro unos envoltorios en los que están las fichas y las colocan. Hay fichas de tres colores; rojas, verdes y amarillas. Son muy sencillas, sin adornos de ningún tipo. Las rojas son las más numerosas y las amarillas las más escasas.

Héctor es el único que no las distribuye ordenadamente. Las deja todas mezcladas en un montón y sigue mirando a la Niña.

JUDITH

Entiendo que las rojas son las de menor valor.

ÁLVARO

(extrañado)
Es cierto, y las amarillas las más valiosas. No sé cómo, pero de alguna manera...

DANTE

Lo sabes. Como todos. Es cosa de la niña.

CÉSAR

(extrañado)
Es verdad.

HÉCTOR

(mirando a Dante)
Impresionante. No pensé que tú pudieses deducir nada por ti mismo.

DANTE

Te sorprenderías de lo que soy capaz, roñoso.

ÁLVARO

Mantengamos la calma. Vamos a jugar con tranquilidad.

César coloca cada ficha en una pila ordenada al milímetro, cuidando de que ninguna sobresalga, como una obsesión. Álvaro toma el mazo de cartas y comienza a barajar.

DANTE

¡Eh! ¿Por qué repartes tú el primero? A la carta más alta, ¿no?

ÁLVARO
(conciliador)
Llevas toda la razón. Es que
estoy un poco nervioso.

DANTE
Ya, seguro...

Álvaro dispone las cartas en el centro de la mesa y con un gesto de la mano le indica a Dante que tome una. Dante saca un diez. Luego le toca a Judith. Álvaro le acerca el mazo para que no tenga que esforzarse. Judith desvía la mirada, nerviosa. Saca un cinco.

Es el turno de Héctor, pero este sigue contemplando a la niña y no se entera.

DANTE
¡Eh, tú! ¿Qué tal si prestas
atención? (a Álvaro) Dile algo al
guarro ese. Si no quiere jugar...

Álvaro va a decir algo, pero Héctor estira el brazo, sin despegar los ojos de la niña, y destapa una carta sin molestarse en mirarla siquiera. Es un seis.

Luego Álvaro y César levantan un dos y un ocho. Dante sonrío de manera desafiante.

DANTE
Acostumbraos a que sea yo el que
gane.

Álvaro recoge las cartas y se las tiende a Dante con amabilidad

Dante baraja las cartas dándose aires de importancia. Las reparte de una en una. Judith, César y Álvaro van recogiendo las suyas. Héctor ni las toca.

DANTE
Empieza la partida.

CÉSAR
Suerte a todos.

DANTE
Os va a hacer falta.

Álvaro recoge sus cartas y finge estudiarlas mientras desliza miradas furtivas a los demás. Se da cuenta de que las manos de Judith tiemblan ligeramente. Dante está muy concentrado en su jugada y no levanta los ojos. Héctor mira a la niña, ignorándoles a todos.

ÁLVARO

Aún no hemos explicado nuestras respectivas situaciones.

DANTE

Eso es porque no tenemos que hacerlo.

Todos ponen una ficha roja en el centro. Héctor es el único que no se descarta, sigue sin levantar sus cartas. Dante reparte de nuevo.

ÁLVARO

Yo soy cirujano y es obvio que César es boxeador. (César asiente con timidez)

Judith apuesta algunas fichas rojas.

HÉCTOR

(sin mirar ni tocar sus cartas)

No voy.

Héctor empuja sus cartas al centro, despreocupado.

CÉSAR

¡Pero si ni siquiera las has mirado!

HÉCTOR

¿Y qué? ¿Lo prohíbe alguna regla?

DANTE

Mira que eres raro, mugriento. Pero mientras sigas regalando fichas no tendrás problemas conmigo, desde luego.

ÁLVARO

(a Judith)

¿Y tú?

JUDITH

Trabajo de reponedora en un supermercado.

Álvaro quiere saber más de ella, va a decir algo más, pero cambia de opinión y mira a Héctor.

ÁLVARO

¿Qué hay de ti, Héctor?

HÉCTOR

(sin dejar de mirar a la niña)

No te incumbe.

ÁLVARO

Oh, vamos. Puedes hablar con nosotros para amenizar la partida.

HÉCTOR

Y puedo no contaros nada. Tu charla no me interesa. La de ninguno de vosotros en realidad.

DANTE

Hay que ver cómo se pone el piojoso por una pregunta de nada. ¡Ni que le hubiésemos preguntado cuánto hace que no se cambia de ropa!

JUDITH

No te metas con él... No está obligado a decir nada si no quiere.

DANTE

Calma, princesita. Por mí, perfecto. Es el doctor el que preguntó. (lanza fichas al montón) Lo veo.

Finalizadas las apuestas, muestran sus respectivas jugadas. La escalera de Dante es la jugada más alta en la mesa. Dante se frota las manos y recoge las fichas del centro.

DANTE

Esto empieza bien, perdedores.

Es el turno de Judith, que mientras recoge las cartas para barajar mira a Dante con desagrado pero no dice nada. Baraja y reparte las cartas. La niña sigue jugando en su lado de la mesa, apilando cubos y palos de un juego de construcciones. Se la ve feliz, sonrío, de cuando en cuando deja escapar una carcajada infantil y graciosa.

ÁLVARO

¿Y tú, Dante?

Dante mira sus cartas y pone una ficha. Todos le imitan. Héctor, como siempre, pone la ficha sin haber tocado sus cartas. Álvaro parece preocupado por la extraña actitud de Héctor.

DANTE

Soy un hombre de negocios, un inversor y empresario.

HÉCTOR

Lo que me faltaba por oír... ¿De verdad no sabes quién es este impresentable? Es un ladrón de la peor calaña. El típico especulador corrupto.

DANTE

¿Qué has dicho, vagabundo?

Dante se levanta exhibiendo su corpulencia. Héctor está muy delgado, pero a pesar de la obvia diferencia de edad, se le ve indefenso ante Dante. Con todo, Héctor ni le mira.

HÉCTOR

(con indiferencia)

He dicho que eres un delincuente.

Dante da un paso hacia Héctor. César también se levanta.

CÉSAR

(serio, a Dante)

La partida es de póquer, si no me equivoco.

César aprieta los puños, amenazando con golpearle si se acerca a Héctor. Dante le mira con odio contenido, no se acobarda, pero tampoco avanza. Judith se asusta ante la posibilidad de una pelea, se encoge, rodea su vientre con gesto protector.

Se escucha un gruñido grave rebotando de una pared a otra. Zeta está plantado frente a Dante. Tiene el lomo erizado y sus afilados colmillos están a la vista.

LA NIÑA

¡Jugar! (mirando a Zeta, enfadada) ¡Siéntate! ¡Quiero jugar!

ÁLVARO

(a Dante)

Yo que vosotros haría caso a la niña.

LA NIÑA

(triste)

¡Quiero jugar más!

La pequeña empieza a llorar y derriba la construcción que había hecho. Los bloques de plástico se esparcen sobre la mesa. Zeta gruñe más fuerte. Héctor continúa indiferente.

César se sienta tan rápido y asustado que está a punto de caer de la silla. Dante, a regañadientes, también vuelve a su asiento. Zeta regresa junto a su pequeña ama y le lame los pies con adoración. La niña le sonrío y empieza a colocar los juguetes de nuevo, ante los sorprendidos ojos de los demás.

JUDITH

Por si no lo habéis entendido, la niña no va a consentir que os peleéis. Nos ha convocado para jugar.

La partida continúa durante un par de horas. Por sus gestos y expresiones vemos que Héctor se mantiene al margen, Dante conserva su actitud agresiva, Álvaro está pendiente de un modo especial en Judith, a quien se ve algo incómoda en la silla por su embarazo. César parece algo triste pero juega con normalidad. Y la niña, contenta, sigue en su lado de la mesa con sus juguetes y Zeta a sus pies.

DANTE

La princesa no es tan mala como esperaba. (acariciando sus fichas que han aumentado durante la partida) Vosotros dais bastante pena, sobre todo tú boxeador.

César mira sus cartas, luego sus fichas, que se han reducido bastante. Tiene problemas para soportar la arrogancia de Dante.

CÉSAR

(echando fichas en la mesa)
Lo veo y subo.

Judith y Álvaro arrojan sus cartas y se retiran. Dante mide a César con aire de superioridad y aumenta la apuesta.

DANTE

No tienes lo que hay que tener, fortachón. Esto no se trata de dar puñetazos.

CÉSAR

(mirando sus cartas)
Tampoco se trata de robar.

Y aumenta la apuesta. Judith y Álvaro se miran, intrigados por la cantidad que hay en juego.

DANTE

Se trata de saber juzgar a las personas. Así es como he levantado una empresa con miles
(MÁS)

(CONTINÚA)

DANTE (continúa)
de empleados trabajando para mí.
Tú, por ejemplo, eres débil y te odias por ello. No quieres serlo y crees que peleando demuestras lo contrario, pero la verdad es que no tienes cerebro para hacer nada más.

Dante arroja más fichas en el montón.

CÉSAR
Me gustaría verte en un ring frente a otro en igualdad de condiciones. Hace falta valor para no echarse atrás.

César añade más fichas.

DANTE
Si yo me equivoco en los negocios, familias enteras se quedan sin empleo. Eso es un combate y una responsabilidad de verdad. (menospreciándole) Tú solo te juegas tu reputación como boxeador. Y además pierdes. Yo no.

CÉSAR
Tal vez no pierdas tratándose de negocios ilegales. La gente como tú se consuela con la excusa del trabajo que genera, pero muy en el fondo sabes la clase de persona que eres. Tú eres quien se odia a sí mismo, o quien debería hacerlo.

Dante se remueve en su asiento y adopta una postura particular. Álvaro, que lo está observando, siente cómo su memoria se activa de repente.

ÁLVARO
¡Ahora caigo! Te he visto en televisión, por eso me resultabas familiar. Eres aquel especulador corrupto que infló el precio del mercado inmobiliario. Traficaste con influencias y no sé qué otros delitos.

JUDITH
¿No le habías reconocido? Es famoso.

ÁLVARO
(ligeramente avergonzado)
No veo mucho la televisión...

DANTE
¡Cerrad el pico! Si queréis
hablar poned fichas, si no a
callar. Esto es entre él y yo.
(aumenta la apuesta) Así que eres
muy noble y te crees mejor que
yo. Vamos a verlo, perdedor.
(añade una cantidad enorme de
fichas)

César, una vez más, mira sus cartas.

CÉSAR
Perdí, es cierto, pero no te he
dicho que me dejé ganar para
ayudar a un joven antes de venir
aquí. A ti, sin embargo, te daré
la lección que te mereces. (echa
un vistazo para calcular la
cantidad, empuja todas sus fichas
al centro, pero no es suficiente)
¿Cómo? Yo...

DANTE
¿Problemas?

Héctor se levanta de la silla, agarra un puñado de sus
fichas, se acerca a César y las deja caer entre sus manos.
Luego vuelve a su sitio y se centra en la niña.

CÉSAR
Gracias, pero... ¿Eso se puede
hacer?

Héctor ni le mira.

DANTE
Por mí no hay inconveniente.

CÉSAR
No puedo aceptarlo.

DANTE
No debes, pero sí puedes.

CÉSAR
(a Héctor)
Te lo devolveré. (empuja las
fichas al centro y se queda sin
nada)

César, mirando a Dante fijamente, descubre sus cartas, póquer de damas. Por su parte, Dante, sin mirar a la mesa ni a ninguna parte salvo a los ojos de César, destapa su jugada.

DANTE

No digas que no te lo advertí.

Lleva póquer de ases.

César empieza a respirar muy deprisa, las manos le tiemblan, mueve los ojos descontroladamente.

CÉSAR

Oh, Dios mío.

Antes de que pueda hacer nada, Zeta, situado a su espalda, salta sobre él. El perro le muerde la sudadera por el cuello y comienza a tirar de él caminando hacia atrás. César suplica y patalea sin poder hacer nada, se agarra a una pata de la silla de Álvaro y le arrastra. Álvaro, asustado se levanta y retrocede.

Zeta le arrastra hacia la puerta mientras César solloza y clama desesperado pidiendo ayuda a los demás. Judith entierra la cara entre sus manos, horrorizada, no puede verlo. Dante comienza a recoger las fichas y a contarlas con una sonrisa. Héctor sigue como si nada sucediera.

Zeta ya está fuera y César sigue retrocediendo, se agarra a los muebles, algunos caen y se rompen los adornos que tenían encima, pero es inútil contra la fuerza del perro. Sus piernas son lo último que sale del salón, aún retorciéndose.

JUDITH

(casi llorando)

Es horrible... Pobrecillo.

A Álvaro le cuesta mantener la compostura. Se acerca a ella y coloca una mano sobre su hombro, pero no sabe qué decir.

DANTE

(contando sus ganancias)

Me pregunto quién será el siguiente.

JUDITH

(con el rostro desencajado)

Eres la peor...

Zeta regresa al salón trotando alegremente, pasa junto a la mesa y se detiene allí, frente a la niña, que ha bajado de la silla.

LA NIÑA
(bostezando)
Tengo sueño.

El perro se apresura a echarse sobre la alfombra, junto a la chimenea. La niña corre dando saltitos, botan sus graciosas coletas. Se tumba en la alfombra, con la cabeza sobre el cuerpo del perro y cierra los ojos con una expresión apacible.

Héctor se levanta y se dirige a la puerta.

ÁLVARO
¿Dónde vas?

HÉCTOR
(saliendo del salón)
A dormir.

Judith siente molestias, se sujeta la barriga y le cuesta levantarse de la silla. Álvaro se apresura a ayudarla, se acerca y retira la silla. Tiende su mano y ella la toma, sin dejar de sujetarse su abultado vientre. Cuando ya está pie, Judith se da cuenta y se apresura a retirar su mano de la de Álvaro, con timidez, ligeramente ruborizada.

JUDITH
Yo también voy a dormir. Estoy cansada.

ÁLVARO
Si quieres te...

JUDITH
Puedo sola, gracias.

DANTE
¿Dejáis ahí las fichas?

ÁLVARO
Seguro que Zeta las vigila.

DANTE
Pues yo pienso contarlas. No me fío de vosotros.

Judith llega a la puerta y ve un pasillo largo y sombrío. Se siente algo inquieta ante la idea de recorrerlo sola y se queda allí quieta. Álvaro, que no ha dejado de observarla en todo instante con expresión protectora, entiende su preocupación.

ÁLVARO
Te acompaño si no te importa.
(sonriendo) Prefiero no ir solo por esta casa.

Dante le mira con una sonrisa cargada de ironía, entendiendo las intenciones de Álvaro. Les ve salir juntos y se queda contando sus fichas. La niña duerme plácidamente sobre el perro, al amparo del fuego de la chimenea.

19

INT. CASA DE LA NIÑA. PASILLO - NOCHE.

Un pasillo amplio, de techo alto y abombado, se extiende unos metros, hasta unas escaleras que suben a la planta de arriba. La decoración es antigua, hay cuadros de marcos gruesos de madera colgados de las paredes. La iluminación proviene de antorchas clavadas entre los cuadros a intervalos regulares.

Judith y Álvaro caminan cerca el uno del otro. Ella mirando con recelo a su alrededor, él con curiosidad, aparentando estar muy tranquilo.

JUDITH

No dejo de pensar en César.

ÁLVARO

(asintiendo)

Sabíamos que tenía que pasar, pero no es lo mismo verlo.

Judith se detiene un instante ante el primer escalón y mira con recelo la subida que le espera. Álvaro le ofrece su brazo como apoyo. Ella lo acepta, pero se mantiene a distancia. Comienzan a subir.

JUDITH

Si te soy sincera... Esperaba que Dante perdiera.

ÁLVARO

No es un tipo muy agradable, la verdad, pero imagino que es por la partida. Tal vez en otras circunstancias...

Al final de la escalera, el pasillo continúa. Se ve una puerta a poca distancia.

JUDITH

¿Dónde crees que se habrá llevado el perro a César?

ÁLVARO

No lo sé... No deberías pensar en ello. En tu estado... Tal vez podrías negociar abandonar la partida.

(CONTINÚA)

Llegan a una puerta de madera gruesa y antigua en la que se lee el nombre de Judith, con el mismo tipo de letras que se vieron en las cartas que les entregó el mensajero.

JUDITH
(endureciendo la expresión)
Métete en tus asuntos.

Judith abre la puerta, entra en la habitación y cierra todo lo fuerte que puede, dado su embarazo.

Álvaro lamenta haberla disgustado. Alza el puño, resuelto a llamar ya disculparse, pero al final no lo hace. Camina un poco más hasta la siguiente puerta, que tiene su nombre escrito.

20

INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE DANTE. - NOCHE

La habitación es una estancia muy amplia, decorada como el resto de la casa, con aire antiguo, cuadros colgados en las paredes, muebles de época y antorchas como iluminación. En el centro hay una cama muy grande, con dosel, vestida con un edredón abultado y grandes cojines.

Dante examina la estancia con el ceño fruncido. Mira la mesilla que hay junto a la cama y luego las paredes. Está buscando algo.

La puerta se abre con un pequeño chirrido. Dante se gira y ve la mensajero entrando en la habitación. El anciano cojea y se apoya en el bastón, pero no se le cae la bandeja que lleva en la mano que tiene libre. Sobre la bandeja hay una botella de cristal con un líquido marrón oscuro en un vaso.

DANTE
Gracias a Dios.

El mensajero da unos pasos. Dante se apresura a coger la botella y se sirve un poco. Se lo bebe de un trago casi al instante.

DANTE (CONT'D)
Excelente. Lo necesitaba...
(ofreciéndole al mensajero) ¿Una última copa antes de retirarnos?

El mensajero se da la vuelta y se aleja cojeando.

DANTE (CONT'D)
Felicita a la niña de mi parte.
Desde luego sabe lo que es un buen whisky.

La puerta se cierra sola en cuanto sale el mensajero. Dante llena el vaso y deja la botella sobre una mesilla que hay junto a la cama. Luego se tumba, con la ropa puesta, y bebe varios tragos. Los ojos se le van cerrando. Enseguida se queda dormido, con el vaso sobre el pecho, sujeto con una mano.

Las antorchas de la habitación se apagan.

21 **INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE ÁLVARO. - NOCHE**

Álvaro está dormido. Se remueve entre el edredón, está teniendo un sueño agitado.

ÁLVARO
(murmurando)
Noooo... No quería...

Se despierta bruscamente, incorporándose hasta quedar sentado. Su respiración está agitada. Se frota los ojos y se calma un poco al comprender dónde se encuentra. Estira el brazo hasta la mesilla y coge su cartera, que está al lado de una baraja de cartas. Extrae una foto y la contempla unos segundos.

La fotografía es de un hombre parecido a él, su hermano. A su lado está su mujer y delante de ellos sus dos hijos. Álvaro solloza y está a punto de echarse a llorar. Se pasa la mano por los ojos.

ÁLVARO (CONT'D)
(susurrando)
Ojalá puedas perdonarme algún día.

Vuelve a guardar la foto en la cartera y la deja sobre la mesilla. Se tumba con los ojos abiertos. Le cuesta volver a quedarse dormido.

22 **INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE HÉCTOR. - NOCHE**

La habitación está a oscuras. La cama está vacía y sin deshacer, se nota que nadie ha dormido en ella.

Se escuchan dos ladridos de Zeta, lejanos, que provienen del pasillo. Las antorchas se encienden por sí mismas.

Héctor, con los ojos abiertos, está sentado en una butaca junto a la cama. Su expresión es muy sería. Se le ve allí sentado sin hacer el menor movimiento.

23 **INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE ÁLVARO. - NOCHE**

Las antorchas se encienden y resuenan los ladridos de Zeta.

Álvaro abre los ojos y se despierta, sin prisas. Suelta un bostezo largo, estira los brazos. Tiene el pelo revuelto, señal de haber dormido mucho. Se siente descansado. Comprueba su reloj y se extraña. Se lo pega a la oreja, tratando de escuchar algo. Luego lo agita varias veces y vuelve a escuchar, sin éxito.

Tras soltar un suspiro, se mira las manos. Las abre y las cierra un par de veces. Entonces se inclina hacia un lado y estira el brazo hasta la mesilla, para coger una baraja de cartas. Sentado en la cama, comienza a barajar. Su manejo de las cartas es digno de un profesional. Corta con una sola mano, las despliega en abanico y las manipula con la misma facilidad que un mago.

Tras unos cuantos movimientos más, se siente satisfecho con sus manos. Deja la baraja y sale de la cama.

24 **INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE HÉCTOR. - NOCHE**

Héctor continúa sentado en la butaca, en la misma postura, con la misma expresión.

Al fin parpadea y baja la vista. En su mano sostiene un bote de plástico, de los que contienen medicamentos. Héctor lo mira y se ve que son antidepresivos.

Abre el bote y deja caer dos píldoras en la mano, que se mete en la boca acto seguido. Luego da un sorbo a un vaso de agua que tenía en la mesilla.

Héctor mantiene la misma expresión seria en todo momento. Se levanta y da dos pasos hacia una puerta abierta que hay en la pared de enfrente. A través de la puerta se ve que es un baño, con la bañera preparada y llena de espuma.

25 **INT. CASA DE LA NIÑA. SALÓN. - NOCHE**

Álvaro entra en el salón con el pelo húmedo y perfectamente peinado.

Héctor, con aspecto de haber dormido con la ropa puesta, está sentado en el sofá, viendo a la niña, que acaricia a Zeta y lo peina con sus pequeñas manos. El perro está feliz y sonriente con las atenciones de su dueña.

Dante bebe algo, sentado en su silla, jugando con una ficha entre sus dedos.

(CONTINÚA)

ÁLVARO

Buenos días. (Dante contesta con un gesto) ¿También te ha despertado el perro?

DANTE

Tengo el sueño ligero, pero no parece que a la nena le guste mucho la electricidad. El chucho es un buen despertador, ¿no crees? (Álvaro busca a Judith con la mirada) Tranquilo, Romeo, ahora vendrá.

ÁLVARO

(sentándose a la mesa)
¿Se te ha parado el reloj?

DANTE

No. Lo que se ha detenido es el tiempo. (Álvaro frunce el ceño, escéptico) Echa un vistazo y verás.

Álvaro se asoma a la ventana y ve que sigue siendo de noche.

ÁLVARO

(titubeando)
A lo mejor...

DANTE

¿No tienes la sensación de haber dormido muchas horas? La teoría es del indigente, no mía.

JUDITH (OFF)

Buenos días.

Judith entra en el salón. Lleva el pelo suelto y bien peinado, resplandeciente, realzando su belleza y su fragilidad al mismo tiempo. Camina con cuidado por su embarazo. Álvaro hace ademán de levantarse para ayudarla a tomar asiento, pero le detienen la mirada divertida y la sonrisa cínica de Dante. Álvaro nota que Dante ha advertido su debilidad por ella.

LA NIÑA

(peinando a Zeta)
¡Qué preciosidad! Tienes el pelo muy bonito. Me encanta.

Judith se ruboriza, retira la silla y sosteniendo su vientre se sienta.

ÁLVARO

¿Qué tal te encuentras?

JUDITH

Muy bien. Gracias.

LA NIÑA

Ya está. (le da un abrazo a Zeta
y un beso, sonrío) Ahora a jugar.

Héctor y Zeta, sin tocarse en ningún momento, siguen a la niña hasta la mesa. Una vez en la silla, empieza jugar con sus juguetes, con el rostro iluminado de felicidad. Héctor ocupa su lugar y la observa.

Álvaro comienza a barajar las cartas. Finge que se le caen para ocultar su destreza.

DANTE

¿Nervioso, doctor?

ÁLVARO

¿Te parece raro? (recogiendo las
cartas) Me habría gustado saber
por qué me invitó la niña...

Álvaro deja la frase en el aire al reparar en que todos, incluido Héctor, le miran fijamente.

JUDITH

¿No te lo dijo?

ÁLVARO

¿A vosotros sí?

DANTE

Qué raro.

ÁLVARO

¿A todos?

JUDITH

Venía detallado en la carta. ¿En
la tuya no?

ÁLVARO

(intranquilo)

¿En la tuya también, Héctor?

HÉCTOR

No es asunto tuyo.

Héctor vuelve la mirada hacía la niña. Dante le quita las cartas a Álvaro de la mano, que se ha quedado sin habla momentáneamente.

DANTE

Mejor reparto yo. No te apures, doctor, seguro que hay una explicación. Y seguro que el indigente la conoce.

Álvaro se queda pensativo mientras reparten las cartas. Empiezan a jugar. Héctor, sin tocar sus cartas, anuncia que no va esa mano.

Dante también se retira. Álvaro y Judith se miran. Ella hace una apuesta. Él la iguala. Levantan las cartas y gana ella y con un trío de dieces.

ÁLVARO

Tú ganas.

DANTE

Enternecedor. Qué buen perder tienes, doctor...

Álvaro no contesta. Llega el turno de repartir de Héctor, que es el único momento en que centra la atención brevemente en la mesa.

DANTE

(a Héctor)

Una curiosidad. ¿No había baño en tu habitación?

Héctor ni se inmuta y sigue barajando las cartas. Luego las coloca cerca de Álvaro para que corte. Álvaro desliza las dos manos hacia el mazo de cartas, ocultando bajo ellas otro mazo que ha preparado. Al cortar, cubriendo las cartas con las manos, sustituye los mazos sin que nadie se dé cuenta.

JUDITH

(a Dante)

Deja de meterte con él.

Álvaro observa atentamente, pero con disimulo. Judith, como él esperaba, se retira, dado que le ha servido una jugada muy mala al cambiar las cartas.

DANTE

¿Por qué le defiendes, princesa?

Dante apuesta, lo que a Álvaro le extraña un poco, pues sabe sus cartas también son muy malas, una pareja de cincos. Álvaro echa las fichas y mira a Héctor que está a punto de tirar las cartas.

ÁLVARO

¿No vas a mirarlas ni una sola vez?

Héctor le dedica una mirada cansada.

HÉCTOR

¿Si las miro me dejarás en paz?

Recoge las cartas de la mesa y ve un póquer de reyes. Álvaro apenas disimula una sonrisa. Él lleva póquer de ases y sabe que por fin va a ver jugar a Héctor.

HÉCTOR

Ya las he mirado. ¿Contento?

Héctor tira las cartas sobre la mesa. Álvaro se atraganta de la sorpresa, parpadea, no puede creer que se retire después de haber cambiado las cartas para que tuviese póquer de reyes.

ÁLVARO

No lo entiendo. ¿Lo haces para durar más?

DANTE

No te esfuerces. No te contestaré. ¿A que no, Héctor?
(Héctor vuelve a mirar a la niña)
Quedamos tú y yo, doctor.

A Álvaro le cuesta contener su frustración. Entonces recuerda que a Dante le dio malas cartas para intentar sacarle de la mano y enfrentarse a Héctor.

ÁLVARO

Tú y yo.

Echa un par de fichas, convencido de que Dante no irá. Se muestra que Dante solo tiene una pareja de cuatros.

DANTE

No seas tacaño. Hagámoslo más emocionante.

Álvaro no da crédito cuando Dante empuja hacia el centro un montón considerable de fichas. Vuelve a mirar su póquer de ases. A pesar de conocer las cartas de ambos, Dante le desconcierta, pero entonces se fija en cómo Dante pasa el dedo gordo sobre una de las cartas, de un modo peculiar. Álvaro se da cuenta de que es un gesto involuntario que no controla porque está echándose un farol.

ÁLVARO

Demasiado para mí.

Y se retira sin enseñar las cartas.

DANTE

Ha sido muy sencillo.
(arrastrando las fichas ganadas del centro de la mesa a su sitio)
No sé por qué pensaba que tenías más huevos.

ÁLVARO

La verdad es que necesitaba unas cartas mejores para acompañar a mis huevos.

JUDITH

(a Dante)

¿Qué tenías?

DANTE

(negando con el dedo)

Ah, ah... El doctor tendría que haber ido para descubrir mis cartas. No querrás que desvele mi juego, ¿verdad?

Continúan jugando. Siguiendo el tono habitual, todos ponen ficha la primera vez y se descartan. Álvaro recibe unas cartas muy malas y no va en esta ocasión. Dante y Judith siguen jugando ellos solos, de fondo. Álvaro se inclina hacia delante, para acercarse más a Héctor, que está admirando la niña.

ÁLVARO

No pareces muy preocupado por la partida. Imagino, por tu apariencia, que ya has descuidado muchos aspectos de tu vida. A lo mejor...

HÉCTOR

(cortándole)

Mis motivos son asunto mío.

ÁLVARO

He tratado a mucha gente sin hogar en urgencias, y sé que tú no eres uno de ellos, a pesar de lo que diga Dante.

HÉCTOR

(irónico)

Muy agudo, doctor.

ÁLVARO

Venga, vamos. No pasa nada porque hablemos. Yo te he contado en qué trabajo...

HÉCTOR

(cortándole)

Se lo has contado a ellos, no a mí, para saber más sobre nosotros. Lo que te molesta es que no intervengo y no puedes saber cómo juego.

Álvaro no puede evitar mostrar una mueca de asombro.

(CONTINÚA)

ÁLVARO

Yo, bueno... No es eso... Está bien, pero hablar de ti no me revelará tu modo de juego.

HÉCTOR

Ahí tienes a otros dos a los que dar la paliza con tu labia. ¿Por qué no acosas a la chica, que se nota que te gusta?

ÁLVARO

(muy sorprendido)

Eso es absurdo.

Héctor se inclina hacia Álvaro y le mira detenidamente, con mucha fuerza.

DANTE (OFF)

(gritando)

¡Has hecho trampas, niñata!
(Álvaro se gira hacia Dante y Judith, alarmado) A mí no me engañas con esa pinta de no haber roto un plato en tu vida.

JUDITH

¡Eres un embustero, barrigón!

ÁLVARO

¿Se puede saber qué ha pasado?

Dante da un puñetazo sobre la mesa.

DANTE

Aunque no pueda probarlo, sé que has hecho trampas.

Judith se asusta un poco. Álvaro la mira con gesto protector, luego se levanta y da un paso hacia Dante.

ÁLVARO

Más te vale controlar esa boca que tienes y dejar de meterte con ella.

DANTE

(provocándole)

¿Qué piensas hacer, doctor?

ÁLVARO

No voy a consentir que la intimides de esa manera. ¿Está claro?

DANTE

Pues no, la verdad. ¿A qué viene esa preocupación por la princesa?

ÁLVARO

A que hemos venido a jugar, no a pelearnos.

JUDITH

Si hubiera intentado hacer trampas, la niña no me lo habría permitido.

ÁLVARO

(con demasiado énfasis)
¡Ahí lo tienes! Eso no lo puedes negar.

DANTE

Tú estabas hablando con el harapiento y no has seguido la partida, yo sí. Y te digo que esa cara angelical esconde a una sucia manipuladora...

LA NIÑA (OFF)

(gritando)
¡Calla! ¡Eres muy malo!

Todos guardan silencio y se giran hacia la chiquilla. La niña esta agachada señalando a Zeta con el dedo mientras habla. El perro tiene la cabeza gacha y las orejas hacia abajo, en actitud sumisa.

LA NIÑA

¡Muy mal, no eres bueno! Para o te castigo.

DANTE

(con la voz quebrada)
¿Me lo ha dicho a mí o al chucho?

HÉCTOR

(en tono neutro)
Yo me lo tomaría como una advertencia. (con desprecio) ¿Aún no has comprendido que la niña no nos habla directamente?

Álvaro vuelve a sentarse y todos recuperan la compostura. El perro se tumba otra vez y la niña vuelve a centrarse en sus juguetes.

JUDITH

(pensativa)
Es un modo curioso de controlarnos.

DANTE

¿A qué te refieres?

JUDITH

Cuando estamos jugando, ella ni siquiera habla. Está entretenida con sus trastos. Porque eso es lo que quiere que hagamos: jugar. Pero si dejamos la partida o si nos peleamos, entonces interviene.

Ahora reparte Judith las cartas. Álvaro, que lleva dos dieces, apuesta. Héctor se retira.

DANTE

Un poco más por favor.

Dante sube la apuesta. Álvaro se fija en una fugaz pasada del dedo gordo de Dante por el borde de sus cartas de ese modo involuntario. Es el mismo tic que vio cuando Dante se tiró un farol.

JUDITH

Yo voy a verlo.

Judith iguala la apuesta. Álvaro duda y vuelve a mirar el dedo de Dante, pero está quieto. Echa otro vistazo a sus dos dieces.

ÁLVARO

Yo también voy, a ver si me recupero.

Álvaro echa más fichas en la mesa.

DANTE

A este ritmo podemos pasarnos aquí una semana. Vamos a acelerar esto ahora que el doctor parece estar animado. (Dante coge varias fichas y las deja en el montón del centro) No seáis cobardes y juguemos.

JUDITH

(arrojando las cartas)
Demasiado para mí.

DANTE

Tú y yo de nuevo, doctor.

Dante sonríe. No se sabe qué cartas tiene. Álvaro está nervioso, tiene dudas. Mira el dedo de Dante, que sigue quieto.

ÁLVARO
(subiendo la apuesta)
Has apostado mucho, y nos has
llamado cobardes.

DANTE
(subiendo más)
Eso he hecho. (agarra las cartas
y comienza a pasar el dedo gordo
por el borde. Álvaro lo ve)
¿Algún problema?

Álvaro estudia las fichas que le quedan, no demasiadas, y las de Dante, tampoco muchas. Judith es la que va ganando por ahora.

ÁLVARO
A ver lo bueno que eres. (igualala
la apuesta) Lo veo.

Álvaro suelta las fichas con mucha tranquilidad. Luego destapa su pareja de dieces. Judith se queda boquiabierta.

JUDITH
¿Solo llevas eso?

ÁLVARO
Hay que arriesgarse.

LA NIÑA
¡Qué divertido! ¡Muy bien, me
gusta mucho!

Se ve a la niña acariciando a Zeta. El perro pone cara de felicidad ante la muestra de afecto de su dueña.

ÁLVARO
(a Dante)
Acaba con el misterio y descubre
tu jugada.

Dante aprieta las mandíbulas. Frunce los labios conteniendo la rabia y al final arroja las cartas sobre la mesa.

DANTE
¡Cabrón con suerte!

Álvaro suelta aire de golpe y se relaja. Cruza una mirada de complicidad con Judith. Ella le sonrío, da muestras de alegrarse de que Álvaro sea el vencedor de esa mano. A él le encanta esa sonrisa.

ÁLVARO
Esta vez sí he ido y no me has
dejado ver tus cartas. Tienes mal
perder.

DANTE

¿Qué más da? Si no las muestro es porque no superan a las tuyas. No vas a cachondearte de mí.

ÁLVARO

No pensaba hacerlo. Aunque es un placer verte sin fichas, señor millonario...

Álvaro deja la frase a medias y mira el tapete con gesto reflexivo.

JUDITH

¿Te pasa algo?

ÁLVARO

Sí, estoy bien. Es solo que... (a Dante) Apenas te quedan fichas, grandullón. No me gustaría estar en tu pellejo.

DANTE

Aún no estoy vencido. No te pongas tan chulo por haber ganado una buena mano o averiguaremos si el chucho puede detenerme antes de que salte sobre ti.

ÁLVARO

Relájate. quiero ofrecerte un trato para recuperar tus fichas. Seguro que un gran hombre de negocios como tú no se negaría a escuchar una oferta.

DANTE

(irritado, repasando y tocando las pocas fichas que le quedan)
Si es una broma...

ÁLVARO

No lo es.

DANTE

¿Qué quieres?

ÁLVARO

Lo único que te sobra y que puedes darme. Dinero, naturalmente.

DANTE

(escandalizado)
¿Me tomas el pelo? Dinero... ¡Es absurdo! ¿Para qué lo querrías en estas circunstancias?

ÁLVARO

Tengo mis razones.

DANTE

No te creo.

Judith mira a Álvaro extrañada.

ÁLVARO

No es para mí. Mi hermano pasa por serias dificultades económicas. Si quieres recuperar este montón (Álvaro separa la mitad de las fichas que le ha ganado), sólo tienes que transferirle un millón de dólares. Tú verás si te conviene.

DANTE

Vaya con el doctor. Al final vas a gustarme y todo... ¿Qué dificultades económicas son esas? ¿Algo ilegal?

ÁLVARO

No es de tu incumbencia.

DANTE

Eso lo decido yo que es mi pasta. Déjame adivinar... Tú te sientes responsable. ¿Le metiste en algún negocio? ¿Les pediste dinero prestado? (Álvaro le fulmina con una mirada de odio) Ah..., así que es eso... El buen doctor arruinó a su familia. Interesante.

ÁLVARO

No voy a discutir contigo mis problemas.

DANTE

¿Quién discute? Bien que le preguntabas al piojoso, pero cuando se trata de ti cierras el pico igual que él.

Álvaro le fulmina con la mirada.

HÉCTOR

(a Álvaro)

Tiene razón. Tú me acosas para que hable.

ÁLVARO

¿Y después de estar callado pretendes que yo hable?

HÉCTOR

A mí me da igual lo que hagas. Solo constataba un hecho.

DANTE

Vamos, doctor. Suéltate y habla. Estamos todos aquí, ¿qué más da ya?

ÁLVARO

(pensativo)

Le pedí dinero prestado y... lo perdí todo.

DANTE

He visto antes esa expresión. El juego. ¿Casino?

ÁLVARO

Póquer. Partidas privadas en clubs que pocos conocen. Gané al principio, pero luego perdí. El juego me dominó durante muchos años, quería dejarlo pero las deudas no me lo permitían. Mi vida se convirtió en una partida continúa interrumpida para ir al hospital. Mi hermano me prestó dinero y también lo perdí... Los intereses crecían. Hay personas a las que no es inteligente deberles dinero. Mi hermano no quiso dejarme y me dio todo lo que pudo... Y yo lo acepté. Su mujer le abandonó cuando perdió la casa por mi culpa y se llevó a sus hijos. (Héctor le observa con interés desde que mencionó a su hermano) Ya basta de hablar de mí. ¿Te interesa el trato o no?

DANTE

Es obvio que sí. Pero el precio es un poco exagerado.

ÁLVARO

Es una suma considerable, pero nada comparado con lo que has robado con tus trapicheos ilegales. Claro que si prefieres continuar la partida en tu situación actual, es cosa tuya.

DANTE

De modo que con mi dinero corrupto tú sí puedes hacer el bien. Empiezas a caerme simpático, doctor. Y eres bueno con las cartas. Lástima que para los negocios seas más bien patético. Podría negarme y rápidamente bajarías a medio millón, o menos, con tal de ayudar al muerto de hambre de tu hermano y limpiar tu conciencia. Pero hoy me siento generoso. Acepto.

JUDITH

(a Álvaro)

¡No lo hagas! Vas a darle la oportunidad de ganar ahora que está prácticamente derrotado.

DANTE

¡Caray con la dulce princesita!

ÁLVARO

Es mi oportunidad de ayudar a mi familia.

Dante sonrío con descaro a Judith.

JUDITH

La niña no lo permitirá.

DANTE

Sí que lo hará. Eso a ella no le importa mientras terminemos la partida.

ÁLVARO

(a Judith)

Entiéndelo. Me gusta tan poco como a ti, pero tengo que hacerlo.

Judith cruza los brazos con expresión de disgusto.

DANTE

Conmover, doctor. (tiende la mano a Álvaro) ¿Cerramos el trato?

ÁLVARO

De acuerdo. Llamarás ahora mismo a tu abogado o contable, o lo que sea, y le ordenarás que haga una transferencia a una cuenta que te voy a dar. Luego te entregaré las fichas.

(CONTINÚA)

DANTE

Que sí, que sí. Ya lo he entendido.

HÉCTOR

¡No tan deprisa!

Los tres se vuelven hacia Héctor muy sorprendidos.

DANTE

¿Y a ti qué te pasa?

HÉCTOR

Vas a enviar otro millón a otra cuenta que te voy a dar yo.

DANTE

¡El mugriento alucina! Anda, sigue mirando a la niña y no molestes.

HÉCTOR

(a Álvaro)

¡Díselo! Exígele que pague también lo mío.

ÁLVARO

¿Por qué debería ayudarte? Creía que no querías hablar conmigo, ni te importaba mi opinión.

HÉCTOR

No te hagas la víctima. Tienes la oportunidad de hacer algo bueno con el dinero de ese delincuente.

ÁLVARO

No estoy muy convencido...

HÉCTOR

Puede ser tu última oportunidad de redimirte. ¿La vas a dejar pasar porque no te caigo bien? No puedes engañarte a ti mismo.

DANTE

Mi oferta no se extiende al vagabundo, te lo advierto. Ya es lo que me faltaba...

ÁLVARO

(pensativo)

Tal vez tengas razón, Héctor. Pero yo quiero algo a cambio. (tocando las fichas) Las fichas son mías y tienes que pagar por ellas.

HÉCTOR

¿Cómo voy a pagarte?

DANTE

De ninguna manera porque es mi dinero y decido yo.

ÁLVARO

¡Cállate! (a Héctor) Me pagarás con información. Vas a contarnos para quién es ese dinero y por qué estás aquí. ¿Entendido?

Héctor aprieta las mandíbulas y tarda unos momentos en contestar, le supone un gran esfuerzo hablar.

HÉCTOR

No necesitas saber nada de mí para superarme en la partida.

ÁLVARO

No voy a dejar que tú te beneficies de ellas porque sí, y menos después del desprecio que me has mostrado. Empieza a hablar o haz lo que Dante ha dicho: callarte y seguir mirando a la niña.

HÉCTOR

(con la voz entrecortada y
Mirando a la mesa)

El dinero es para una mujer y para su hijo... El niño tiene once años y le falta una pierna. Usa una prótesis, pero no puede evitar cojear y nunca podrá correr... Su madre es viuda. Sufrieron un accidente de tráfico hace cuatro años cuando un conductor borracho les embistió tras saltarse un semáforo en rojo... Venían del cine los tres juntos. Era un domingo cualquiera. No había razón para que algo así sucediese... La colisión fue brutal (Héctor se atraganta) El coche dio dos vueltas de campana. La mujer perdió la consciencia. La pierna del chico quedó atrapada bajo un amasijo de hierros... El crío gritaba mucho, parecía más desesperación que dolor. Dos mujeres trataron de ayudarles sin éxito... Llegaron los bomberos, pero fue tarde para salvar al

(MÁS)

(CONTINÚA)

HÉCTOR (continúa)
padre. Murió ahogado en su propia
sangre y el crío lo vio todo...
Su pierna quedó destrozada, fue
imposible salvarla y tuvieron que
amputarla... La madre sobrevivió
sin secuelas físicas, pero la
familia quedó rota.

Héctor es incapaz de seguir. Se produce un silencio largo
y tenso.

JUDITH
Es una historia horrible. Lo
siento mucho.

ÁLVARO
¿Son familiares tuyos?

HÉCTOR
Yo no tengo familia.

ÁLVARO
Entonces, ¿por qué te interesan
tanto?

HÉCTOR
Porque yo era el conductor que
les destrozó la vida.

JUDITH
¡Cielo santo! Debes de estar...

DANTE
Eso explica el desinterés que
demuestras hacia el mundo en
general, y hacia la higiene en
particular.

JUDITH
(a Dante)
¿Nunca tienes suficiente? (a
Héctor) Fue un accidente, no fue
culpa tuya.

HÉCTOR
¿Es que no has escuchado mi
historia? ¡Bebí, me emborraché, y
cogí el coche! Por supuesto que
fue culpa mía.

JUDITH
No puedes atormentarte de esa
manera. Su padre no resucitará,
ni al chico le crecerá una
pierna.

ÁLVARO

Es cierto, no sirve de nada que te culpes...

HÉCTOR

¿Creéis que no lo he pensado?
¿Acaso imagináis que podéis decirme algo que no haya oído miles de veces de mis psiquiatras o de mí mismo? No os esforcéis. Yo estuve allí, vosotros no. Muchas cosas murieron o salieron mortalmente heridas de ese accidente, aparte del padre y la pierna del chico.

Álvaro reflexiona un segundo y luego se gira hacia Dante.

ÁLVARO

Otro millón a la cuenta que él diga o no hay trato.

DANTE

¿Qué? Ni de coña. (dirigiéndose a Héctor) Has dicho que no tienes familia. Por eso bebías, ¿verdad? (Héctor retira la mirada, sin contestar. Dante se vuelve hacia Álvaro) Ahí lo tienes. Un triste que en vez de arreglar su vida prefirió una botella. No tengo por qué ayudarle.

ÁLVARO

Pues ayudarás a las víctimas del accidente.

DANTE

El harapos podría haberse inventado esa historia. ¿Lo has considerado, genio?

ÁLVARO

Yo le creo.

DANTE

Eso es evidente. Cualquiera puede apelar al bobalicón que llevas dentro. Eres un blando y un sentimental.

ÁLVARO

Es posible que sea un blando, pero para tu desgracia voy a ser inflexible en este punto. O pagas o continúas la partida así y ves cómo te destrozo.

DANTE

Esto es increíble. Ahora te propongo otro trato yo a ti. Le daré medio millón a Héctor y lo restaré del tuyo. Si tanto quieres hacer el bien, hazlo con tu dinero, no con lo de los demás. ¿Qué te parece?

HÉCTOR

(a Dante)

No puedo entender que haya gente como tú.

DANTE

Hay demasiadas cosas que tú no entiendes. Alégrate de haber topado con este tontorrón. (a Álvaro) ¿Qué decides, doctor?

ÁLVARO

No me parece justo. Quiero un millón para cada uno.

DANTE

Si quieres dos millones, entonces añade más fichas en el montón que me vas a entregar. (Judith pone cara de preocupación. Álvaro duda) Te advierto de que es mi última oferta. Si no estás de acuerdo, seguiré tal y como estoy. Puedo remontar perfectamente, aunque lo tenga difícil.

ÁLVARO

Está bien. (Álvaro coge algunas fichas más y las pone en el montón separado) Ahora, paga.

DANTE

Excelente, doctor. Pagaré, pero sólo para poder venceros y hacerte tragar ese gran corazón que tienes. Es tu mayor debilidad y lo vas a lamentar.

Dante se inclina sobre la mesa y le arrebató a Álvaro las fichas que había separado para el trato. Luego saca su móvil.

ÁLVARO

(enfadado)

Creo que es el momento de hacer un descanso. Si a la niña no le importa, claro.

(CONTINÚA)

En ese momento se dan cuenta de que la niña no está en la mesa. Se encuentra en una esquina de la habitación. Le está tirando una pelota de plástico a Zeta. El perro sale disparado, la atrapa y vuelve con su ama. Es muy silencioso y nunca tropieza con ningún mueble.

JUDITH

La niña no pondrá pegas. Si quisiera que continuásemos con la partida estaría jugando sobre la mesa con sus juguetes.

Álvaro le tiende un papel a Dante.

ÁLVARO

Aquí tienes la cuenta para el ingreso.

Dante toma el papel y Álvaro se retira de la mesa.

DANTE

(a Héctor)

Faltas tú.

HÉCTOR

Aquí tienes.

Héctor le da otro papel con otro número de cuenta. Dante se levanta y lo coge.

DANTE

Voy a estirar las piernas mientras me ocupo de esto. Y de paso, a ver si encuentro una copa en la cocina.

26

INT. CASA DE LA NIÑA. SALÓN. - NOCHE

Álvaro está sentado el sofá, frente a la chimenea, con la mirada perdida en el fuego. Tiene una expresión triste.

Llega Judith por detrás.

JUDITH

¿Te has fijado en que el fuego no se consume?

Álvaro da un pequeño salto sobresaltado, pues no la ha visto venir.

ÁLVARO

No me había dado cuenta. De todos modos, después de estar con la niña, pocas cosas pueden ya impresionarme.

(CONTINÚA)

JUDITH

Antes has sido muy generoso.

ÁLVARO

Pensé que no te gustaba que permitiese a Dante seguir en la partida.

JUDITH

Y no me gusta, pero comprendo tus razones. Eres una buena persona, probablemente el mejor de todos nosotros. No dejes que sus palabras te afecten.

A Álvaro le gusta el comentario.

ÁLVARO

Eso haré, gracias. Pero no soy tan buena persona como crees.

JUDITH

Yo creo que sí. ¿Te importa que me sienta?

ÁLVARO

Adelante.

Judith rodea el sofá y se sienta con dificultad. Usa una mano para apoyarse en el respaldo y la otra para sujetarse la barriga. Álvaro estira el brazo con intención de ayudarla.

ÁLVARO

Permíteme ayudarte.

JUDITH

(alarmada)

¡No! Puedo yo sola.

Álvaro retira la mano a toda prisa. Judith termina de sentarse.

ÁLVARO

Lo siento.

JUDITH

(avergonzada)

Perdóname, es que me pongo muy nerviosa con mi pequeño. No sé por qué, pero no me gusta que me toquen.

ÁLVARO

El instinto de protección. He conocido a muchas madres a las que les pasa algo parecido.

Álvaro mira a Judith con mucha intensidad, admirando su belleza.

JUDITH

¿Sí? Supongo que siendo médico
habrás tratado con muchas mujeres
embarazadas...

Judith nota su mirada y retira los ojos con timidez.

27

INT. CASA DE LA NIÑA. COCINA. - NOCHE

La cocina está muy limpia. Todo son muebles rústicos y hay cacerolas grandes colgadas por todas partes.

Dante mira una foto expuesta en una pared, en la que se ve a la niña con Zeta a su lado. Dante hace un ademán despectivo y se da la vuelta. Lleva el móvil en la mano. Coge un vaso y lo pone en una mesa. Luego busca en varios armarios y al final encuentra una botella de *whisky*. Se sirve una cantidad generosa.

Héctor entra en la cocina.

DANTE

Puedo hacerlo yo solito.

HÉCTOR

Quiero asegurarme de que cumples
tu palabra.

Dante se encoge de hombros y marca el número. Héctor se queda de brazos cruzados, vigilándole.

DANTE

David, soy yo. Necesito que
muevas unos fondos... ¡Me importa
un huevo la hora que sea! A ver,
toma nota de estas dos cuentas
bancarias. (Dante dicta los
números de cuenta de los papeles
que le han entregado) Bien,
quiero que envíes un millón de
dólares a cada una... Lo has oído
perfectamente... ¡No tengo por
qué darte explicaciones! ¿Qué
hora es?... ¿De la mañana? Genial
pues ordena la transferencia hoy
mismo... ¿De verdad quieres que
te lo repita?... Eso está mejor.
(cuelga el teléfono y mira a
Héctor) Todo arreglado.
¿Contento?

(CONTINÚA)

HÉCTOR

Mucho.

Héctor se da la vuelta con intención de abandonar la cocina. Dante le detiene sujetándole por el brazo.

DANTE

Espera un segundo. (Dante vuelve a llamar por teléfono) Con el director de recursos humanos... Quiero que despidas a David... Sí, ese David... Dentro de dos días... Me da lo mismo... ¡Tú hazlo! (Y cuelga el teléfono)

HÉCTOR

¿Vas a hacer otra llamada para despedir al director de recursos humanos?

DANTE

Muy gracioso. Tengo una propuesta que hacerte. Algo que nos beneficiaría mucho y que no pueden oír los tortolitos.

28

INT. CASA DE LA NIÑA. SALÓN. - NOCHE

Álvaro retira la mirada de Judith, consciente de que la incomoda de algún modo.

ÁLVARO

No creas que he tratado con tantas. Mi especialidad no es la obstetricia.

JUDITH

¿Y cuál es?

ÁLVARO

Soy cirujano vascular.

JUDITH

Uhmmm... Suena importante.

ÁLVARO

Tal vez, pero no es para tanto. Es un trabajo más.

JUDITH

Ahora suena aburrido, desapasionado. No es propio de alguien que está jugando esta partida.

(CONTINÚA)

ÁLVARO

(mirando su barriga)

Perdona mi franqueza pero no
comprendo...

JUDITH

Te preguntas cómo estoy aquí si
voy a ser madre. ¿Me equivoco?

ÁLVARO

No, no te equivocas. Los
beneficios para ti y para tu hijo
son evidentes si ganas, pero
estás arriesgando...

De repente Judith entierra la cara entre sus manos.

JUDITH

(sollozando)

¡Me violaron! Ocurrió una noche
que regresaba a mi casa yo sola
del trabajo... Un hombre enorme
saltó sobre mí y me arrastró a un
callejón oscuro... Me tiró al
suelo. Yo le golpeé tan fuerte
como pude, pero no sirvió de
nada... ¡Abusó de mí, me utilizó!
(Álvaro contrae el rostro en una
mueca de horror. Se siente muy
cerca de ella según va
relatándole su historia) Y luego
se marchó tranquilamente, sin
prisa. Me dejó allí tirada...
Casi me muero del susto cuando
descubrí que estaba embarazada.
(Álvaro pasa un brazo por la
espalda de Judith pero no llega a
tocarla. Se muere de ganas por
consolarla) Cuando por fin lo
asimilé, me entero de que tengo
un aneurisma de mierda en el
cerebro y dos años de vida como
máximo. Luego me hablaron de esta
partida y supe que era mi única
esperanza.

ÁLVARO

Has tenido muy mala suerte. El
aneurisma en algunos casos
puede...

JUDITH

No en el mío. La niña me lo
confirmó.

ÁLVARO

Es verdad, lo olvidaba. Pero tu hijo...

JUDITH

Si pierdo le evitaré vivir en hogares de acogida con los genes de aquel degenerado. Solo desearía poder criarlo yo.

ÁLVARO

Lo siento mucho, Judith.

JUDITH

Necesitaba... Hablar de ello antes de que termine la partida. Pensé..., pensé que tú me comprenderías.

ÁLVARO

Yo no tengo hijos, ni demasiada experiencia preocupándome por los demás, pero creo que de estar en tu posición obraría de la misma manera. Eres muy fuerte y muy valiente.

Álvaro mira a Judith con adoración.

JUDITH

Gracias.

ÁLVARO

Mi caso es mucho peor que el tuyo.

29

INT. CASA DE LA NIÑA. COCINA. - NOCHE

Héctor está encarado con Dante.

HÉCTOR

No me interesa.

DANTE

Pero si ni siquiera has escuchado mi propuesta. Mira, acabo de gastar una fortuna en ti. Al menos oye lo que tengo que decir. (Héctor se queda quieto, resignado) Podemos ayudarnos en el juego. Vamos a por el médico y la chica, y luego nos repartimos sus fichas. Verás, nunca apostarás en mi contra, ni yo en la tuya, por supuesto. Cuando ellos suban...

(CONTINÚA)

HÉCTOR

No me interesa.

DANTE

¿No me dirás que cuentas con ganar tú solo? ¿Por qué no aceptar ayuda?

HÉCTOR

¡Porque me da igual! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Además, eres una de las personas que más asco me dan. Por gentuza como tú, este mundo es la basura que es.

DANTE

Tanta suciedad te ha podrido el cerebro.

HÉCTOR

Siempre estafando y conspirando contra los demás. Lo repito: me das asco.

DANTE

Eres un pobre idiota, harapiento. ¿Qué pinta el mundo en todo esto? Somos nosotros cuatro los que estamos jugando. Te estoy ofreciendo ayuda.

HÉCTOR

A costa de perjudicar a los demás.

DANTE

Lo que me faltaba por oír. ¿Es que ellos juegan para ayudarte? No, juegan contra ti.

HÉCTOR

Ten presente que yo nunca haré voluntariamente nada que pueda beneficiar a alguien como tú.

DANTE

Otro idiota como el doctor. Si tienes un problema con el mundo, resuélvelo, pero primero necesitas ganar esta partida.

HÉCTOR

Mi problema con el mundo es cosa mía y lo afrontaré a mi manera.

DANTE

(con desprecio)

No me cabe duda. Y la cagarás.
Eres un pobre hombre sin carácter
que ha sucumbido por una
desgracia personal. No tienes el
coraje de enfrentarte a ello y
superarlo. Por eso el mundo lo
dirige gente como yo. ¡Con
cojones!

Dante sale de la cocina.

30

INT. CASA DE LA NIÑA. SALÓN. - NOCHE

Álvaro y Judith siguen sentados en el sofá. Álvaro tiene los codos apoyados en las rodillas, la vista perdida en la chimenea.

ÁLVARO

A mí nadie me atacó. Yo me lo
busqué solito.

JUDITH

Eres demasiado duro contigo
mismo.

ÁLVARO

Lo que conté en la mesa no fue lo
peor de todo.

JUDITH

Te refieres a tu hermano y el
dinero que perdió.

ÁLVARO

Perdió mucho más que eso.

JUDITH

La familia...

ÁLVARO

Más.

JUDITH

¿Qué hay más importante que eso?

ÁLVARO

Tu alma, a ti mismo... Si fuera
solo el dinero, por ejemplo
porque le hubieran estafado, se
podría recuperar de algún modo.
Pero mi hermano, para ayudarme,
entró en un mundo que es mejor no
conocer, por eso le abandonó su
mujer. El juego le dominó. Nunca

(MÁS)

(CONTINÚA)

ÁLVARO (continúa)
volvió a ser el mismo. Dejó a los
amigos de lado, el trabajo... Se
convirtió en otra persona.

JUDITH
Pero lo hizo porque te quería.

ÁLVARO
Eso es lo que de verdad me mata.
Mi hermano se echó a perder por
ayudarme a mí.

JUDITH
Si es tan buena persona como tú,
logrará salir. Y más ahora que
tendrá el dinero de Dante.
Recuperará a su familia.

Álvaro la mira esperanzado. Sus caras están muy cerca.
Esta vez ella no aparta la mirada, sonrío, le comprende.
Álvaro no puede resistirse a esa sonrisa. Acerca su cara
un poco más, despacio. Ella entorna los ojos. Álvaro ya
está a solo un par de centímetros de besarla. Entonces
ella reacciona y se echa hacia atrás.

JUDITH
¿Y qué hay de la niña? (Álvaro
frunce el ceño y se arrepiente de
haberse dejado llevar) ¿De verdad
no te contó nada sobre ti?

ÁLVARO
¡Ah, eso! (aliviado por el cambio
en la conversación) No, no me lo
dijo. Y soy médico, te aseguro
que estoy sano como una rosa.

JUDITH
A lo mejor es algo que no se ve
con facilidad.

ÁLVARO
Puede, pero es complicado. Yo
creo que será un accidente. Lo he
pensado bastante y es lo que me
parece más lógico.

JUDITH
De todos modos, yo preferiría no
saberlo. Ya es suficientemente
malo saber cuándo, mejor no saber
también cómo.

ÁLVARO
No estoy muy seguro respecto a
ese punto. He pasado demasiadas
(MÁS)

(CONTINÚA)

ÁLVARO (continúa)
noches en vela pensando en ese accidente. Tratando de averiguar si será doloroso, por ejemplo. No es nada agradable. Creo que preferiría saberlo.

JUDITH
Por lo menos ya no tienes que preocuparte por eso.

ÁLVARO
(sorprendido)
¿Cómo dices?

JUDITH
El accidente ya no ocurrirá.

ÁLVARO
No te sigo.

JUDITH
Estás aquí, jugando. Ya no puede pasar. Era una posibilidad hasta que aceptaste venir, en ese momento se acabó.

ÁLVARO
Pues, sí, tienes razón. Pero no consigo que se me vaya de la cabeza.

JUDITH
Pues deberías. Lo único que está claro ahora es que no vas a morir dentro de dos años.

LA NIÑA (OFF)
¡Zeta, mesa!

Álvaro y Judith se vuelven y ven a la niña montada en el lomo de Zeta. El perro trota hacia la mesa mientras la chiquilla no para de reírse.

LA NIÑA
¡A la mesa! ¡Corre! ¡Más deprisa!

Álvaro y Judith se miran.

JUDITH
Creo que hay que seguir con la partida.

Se levantan del sofá. Judith atraviesa alguna dificultad para incorporarse por su barriga. Se ve obligada a apoyarse contra el respaldo para darse un pequeño impulso final.

Álvaro recuerda que no le gusta que la toquen y la mira con ojos compasivos mientras reprime con gran esfuerzo el impulso de ayudarla.

31 **INT. CASA DE LA NIÑA. SALÓN. - NOCHE**

Las cartas, las fichas y los juguetes de la niña han desaparecido. Sobre la mesa hay comida y bebida variada. Ensalada, carne, pescado, vino, agua, zumo... Todo tiene un aspecto delicioso.

Álvaro y Dante están de pie, contemplando asombrados todos esos manjares.

LA NIÑA

¡Qué hambre!

La niña sube a su silla. Luego gatea sobre la mesa hasta llegar a una bandeja con muslos de pollo. Agarra uno y lo tira fuera de la mesa. Zeta lo atrapa en el aire y empieza comérselo. Ella regresa a su silla y coge un pastel.

Héctor entra en el salón y va directamente a la mesa. Se sirve un vaso de zumo y ocupa su asiento.

JUDITH

Una idea excelente.

Judith también se sienta y empieza a comer con avidez. Álvaro y Dante no tardan en unirse.

ÁLVARO

¿Por qué creéis que no vino el sexto jugador?

DANTE

(llenando su copa de vino hasta arriba)
Porque es un cobarde.

JUDITH

Se diría que te molesta.

DANTE

Bastante. Por su culpa tocamos a menos.

ÁLVARO

A lo mejor tenía algo importante que hacer que no podía esperar.

JUDITH

Eso a Dante no le importa. Solo cuánto puede ganar.

(CONTINÚA)

DANTE

¿Y a vosotros os da igual? Sin el
cobarde hay dos años menos en
juego. ¿Para qué hemos venido
sino a pelearnos por el tiempo
que nos queda de vida?

ÁLVARO

Solo trataba de entenderlo.
¿Prefieres hablar de deportes?

DANTE

Preferiría que hablaras con
sinceridad, pero es mucho pedir.
Si estáis aquí sois tan egoístas
como yo, pero no os atrevéis a
admitirlo.

JUDITH

Eso dice mucho de ti. Proyectas
en los demás tus propios
defectos. Al menos eres
consciente de tu egoísmo.

DANTE

Muy cierto, princesa. También soy
consciente de que las personas
que no muestran sus defectos
mienten, o bien son lo
suficientemente idiotas como para
engañarse a sí mismas. ¿Cuál es
tu caso?

Judith, amedrentada, no contesta. Aparta la mirada con
miedo.

ÁLVARO

(a Dante, enfadado)
Ya te advertí...

DANTE

(a Álvaro)
¿Prefieres hablar de deportes? (a
Judith) No contestas. Parece que
acerté.

Judith está acobardaba y ligeramente encogida. Álvaro
palidece de rabia pero no se le ocurre nada que decir.
Terminan de comer en silencio.

Héctor se ha limitado a beber zumo. La niña termina el
pastel y se chupa los dedos.

LA NIÑA

¡Qué rico! (bosteza) A dormir,
Zeta. Tengo sueño.

Se baja de la silla y se va con el perro frente a la chimenea.

ÁLVARO

¿Ya es la hora?

DANTE

El tiempo es extraño en esta casa. Me retiro.

Héctor también se va del salón. Álvaro y Judith se miran y luego se levantan.

32 **INT. CASA DE LA NIÑA. PASILLO - NOCHE.**

Álvaro acompaña a Judith hasta la puerta de la habitación. Allí se detienen. Ella apoya la espalda contra la puerta y le mira. Él sostiene su mirada embelesado, se acerca lentamente, dispuesto a besarla. Las bocas llegan a estar a menos de un palmo de distancia.

JUDITH

No puede ser. Entre nosotros...

ÁLVARO

Lo sé. Tal vez en otras circunstancias...

JUDITH

Tal vez.

Judith tiene que contenerse para no besarle. Abre la puerta y entra en su habitación.

33 **INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE ÁLVARO. - NOCHE**

Álvaro está durmiendo en la cama cuando el ladrido de Zeta le despierta.

Tras desperezarse, saca los pies de la cama y se queda allí sentado, pensativo. Coge la baraja de cartas de la mesilla. Repasa la baraja y coloca las cartas, saca una de aquí y la pone allí, así dos o tres veces. Cuando ya ha terminado cierra el mazo de cartas y se arrodilla en el suelo. Sin soltar las cartas, cierra los ojos y mueve los labios mientras reza en silencio. Permanece así unos segundos.

Al terminar, abre los ojos y suspira.

ÁLVARO

(dándose ánimos)

Vamos allá.

34 **INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE DANTE. BAÑO. - NOCHE**

Dante está frente al espejo del baño, terminando de peinarse. El pelo aún está húmedo y se ve espuma en la bañera.

Deja el peine y se abrocha el último botón de la camisa. Extiende el brazo hacia la derecha. Cuando lo vuelve a doblar, se ve que ha cogido una corbata. La sostiene sobre su camisa y, tras negar con la cabeza, la tira al suelo sobre su hombro.

Extiende el brazo otra vez y agarra otra corbata. Esta vez parece satisfecho. Comienza a hacerse el nudo.

DANTE

Gracias. Si algo he aprendido es que hay que estar presentable. (observa el resultado con una mueca y deshace el nudo de la corbata. Vuelve a empezar) Los tipos importantes cuidamos nuestra presencia, incluso tratando con chusma como la de la partida... Es uno de los rasgos que nos distingue. (esta vez el nudo de la corbata le ha quedado perfecto) ¿Qué te parece, abuelo?

El mensajero, que estaba a su lado, guarda el resto de las corbatas que tenía preparadas en la mano. Se da la vuelta y se va.

35 **INT. CASA DE LA NIÑA. HABITACIÓN DE HÉCTOR. BAÑO. - NOCHE**

Héctor está sentado en la butaca. La cama no tiene ni una arruga. Es evidente que no ha sido utilizada.

Héctor coge el bote de antidepresivos y lo vuelca sobre su mano. Solo cae una pastilla. Se la mete en la boca y bebe un poco de agua del vaso.

Luego se levanta y avanza hacia el baño, que está abierto con la bañera preparada y la espuma rebosando por los bordes.

Héctor gira y sale de la habitación.

36 **INT. CASA DE LA NIÑA. PASILLO. - NOCHE**

Álvaro cierra la puerta de su habitación. En ese preciso momento sale Judith de su cuarto, a pocos metros de distancia.

(CONTINÚA)

Álvaro gira para ocultar la baraja que lleva en la mano y la desliza con disimulo en uno de sus bolsillos. Judith también se sobresaltada al verle, se lleva la mano a la tripa inmediatamente y se coloca el amplió vestido con gestos nerviosos.

ÁLVARO
(preocupado)
¿Te encuentras bien?

JUDITH
Muy bien, gracias. (tocándose la tripa) No me ha dejado dormir demasiado.

Álvaro asiente con tristeza. No sabe qué decir para consolarla.

ÁLVARO
¿Quieres...

JUDITH
(cortándole)
Me gustaría haberte conocido antes... Quería... Quería que lo supieras antes de que termine la partida.

Álvaro, comprensivo, consigue mostrar una tímida sonrisa.

37

INT. CASA DE LA NIÑA. SALÓN. - NOCHE

Dante y Héctor están sentados a la mesa sin mirarse. Sobre la mesa están las cartas, las fichas y los juguetes de la niña. Álvaro, que está en la puerta del salón, se aparta para dejar paso a Judith, que entra justo después de él.

ÁLVARO
Buenos días.

Ella le sonrío al pasar.

La niña se sube a la silla y enseguida coge sus juguetes. Les dedica a todos con una sonrisa deslumbrante.

LA NIÑA
¡A jugar!

DANTE
Por fin. (frotándose las manos)
Ya podemos jugar.

ÁLVARO
Pareces impaciente por acabar.

(CONTINÚA)

DANTE

¿Tú no? Ya es hora de ver quién
es el mejor de los cuatro. Bueno
de los tres, porque ese...
(señalando a Héctor)

Judith se acomoda la tripa y le hace burla en silencio,
aprovechando que no la ve. Comienzan a jugar, se reparten
cartas y se hacen las primeras apuestas.

ÁLVARO

Voy con tres.

DANTE

Que sean más, doctor.

Dante sube la apuesta. Judith la iguala, depositando las
fichas en silencio. Álvaro también va.

JUDITH

(descubriendo sus cartas)
Dobles parejas.

Álvaro levanta las suyas. Lleva dos ases.

DANTE

(molesto)
Pero qué mal juego. Casi me
merezco perder.

Dante enseña una escalera, con la que gana la mano, y
arrastra las fichas hacia él. Álvaro le interroga con la
mirada.

DANTE

Podía haberos ganado bastante
más, pero no he subido. Si llego
a saber que la princesa tiene
dobles parejas le saco por lo
menos cuatro meses. (sosteniendo
varias fichas en la mano) Creo
que estas eran tuyas. ¿Cuánto
hay? Una semana. Me vendrá muy
bien.

JUDITH

Ya lo volverás a perder.

DANTE

Sí, sí, seguro. Pero de momento
os acabo de ganar diez días a ti
y al doctor. ¿No os molesta?

Héctor comienza a repartir la siguiente ronda.

JUDITH

(asqueada)

Más de lo que imaginas. No puede haber un destino peor para mi tiempo que prolongar tu vida.

DANTE

No haber venido, princesa. Podías haberte quedado con tus dos años si no querías correr el riesgo de que cayesen en manos de otro.

JUDITH

De haber sabido que tú estarías aquí, lo habría hecho.

DANTE

Ya, pero si ganas tú, seguro que te quedarás con mis dos años encantada, y los vivirás tan ricamente. A mi tiempo no le harías asco, ¿a que no?

Van haciendo la apuesta inicial.

JUDITH

Tu tiempo estaría mejor invertido alargando la vida de una rata con cáncer.

ÁLVARO

No dejes que te provoque. Sólo quiere alterarte para que juegues peor.

DANTE

Ya habló el experto. ¿A ti qué más te da, Romeo? ¿Aún no has entendido que para que uno gane los demás tienen que perder? Si ella juega mal, nos beneficia a todos.

ÁLVARO

Que juegue como quiera, pero no tienes por qué meterte con ella. ¿No puedes ganar con educación?

DANTE

Eres tan bueno que me produces arcadas. Lo que de verdad te molesta es que os estoy ganando por tu culpa.

ÁLVARO

¿Cómo?

DANTE

Si no me hubieses dado tus fichas, estaría perdido, pero la codicia te pudo. Me devolviste mi tiempo y ahora os voy a ganar a todos.

ÁLVARO

Ya te vencí una vez y lo haré de nuevo. Además, aún no has recuperado todas tus fichas. ¿Cuánto tienes ahí? (Álvaro echa un vistazo a las fichas de Dante) Calculo que un año y dos o tres meses como mucho. Eso significa que por ahora has perdido unos diez meses de tu precioso tiempo. No es para estar contento, la verdad.

DANTE

Más de lo que necesito para ganar.

ÁLVARO

Eso habrá que verlo...

HÉCTOR

(cortándole)

Voy.

Se quedan los tres en silencio y miran a Héctor con mucha atención. Héctor ha cogido sus cartas por primera vez y las está mirando. No le afecta el intenso escrutinio al que le someten los demás. Su expresión continúa siendo la misma de siempre.

Se descartan rápidamente y todos se quedan pendientes de Héctor. Que coge varias fichas con torpeza y las deja en el centro.

HÉCTOR

Ahí van dos meses, si no he interpretado mal la correspondencia de las fichas.

JUDITH

Está bien, son dos meses.

Álvaro lleva un trío de ases.

ÁLVARO

Subo tres meses.

DANTE

Muy bien, perdedores, yo también voy. Cinco mesecitos de cada uno... Qué ricos.

(CONTINÚA)

Dante pone sus fichas. Judith abandona sus cartas.

JUDITH

No voy.

DANTE

Hay miedo, ¿eh, princesa?

Héctor coge unas cuantas fichas y las coloca en el centro.

HÉCTOR

Eso cubre los cinco meses (coge más fichas) Y ahí van seis más.

Todos le miran asombrados. Héctor ni se inmuta.

ÁLVARO

Siete.

HÉCTOR

¿Qué?

ÁLVARO

Has puesto siete meses, no seis.

HÉCTOR

¿En serio? Bueno, pues que sean siete meses más.

LA NIÑA

¡Qué divertido!

Álvaro y Dante intercambian una mirada involuntariamente. Judith se remueve incómoda en su asiento y observa a Héctor con descaro.

La niña está jugando sentada sobre la mesa, de espaldas a los demás.

ÁLVARO

La niña está encantada.

DANTE

Tú hablas, doctor.

ÁLVARO

Ya lo sé, pero tengo dudas. (mira su trío de ases y luego examina a Héctor) Es mucho tiempo y no tengo referencias para valorar el juego de Héctor. Es la primera mano en la que interviene.

DANTE

¡Cagao!

ÁLVARO

No voy.

DANTE

Ni yo. (Álvaro le mira con aire de reproche. Dante se encoge de hombros) Tu análisis me ha convencido. Y mírale. El tío ni pestañea. ¡Vaya con el piojoso! La primera vez que abre la boca y nos despluma a todos.

Héctor lanza las cartas sobre la mesa, furioso. Deja a la vista una pareja de cuatros.

HÉCTOR

¡Maldita sea! Menuda mierda de jugadores estáis hechos. ¡No tenéis ni puta idea! No me lo puedo creer....

Judith recoge las cartas de Héctor y se las muestra a los demás.

JUDITH

¿Qué le ocurre? Ha ganado.

DANTE

Está mal de la cabeza. La mugre le ha llegado al cerebro.

Héctor está visiblemente irritado. Tiene la cabeza apoyada en las manos y se retuerce las greñas. Se agita con espasmos.

ÁLVARO

Francamente, no lo entiendo. Ha sido un farol perfecto. Yo tengo un trío de ases y no me he atrevido a ir.

JUDITH

Y con todo lo que ha ganado en una sola mano, se ha colocado el primero con diferencia.

DANTE

Examínale, doctor, que igual le da un ataque.

HÉCTOR

(furioso, descontrolado)
¡Estoy perfectamente, inútiles!

ÁLVARO

Entonces, ¿cuál es el problema?

HÉCTOR

¡Tú! ¡Vosotros sois el problema!

Se escucha un ladrido de Zeta muy alto.

LA NIÑA

(regañando al perro)

¡Nada de gritos! Quiero jugar.

ÁLVARO

Yo me relajaría o ya sabes qué pasará.

HÉCTOR

¿Qué? ¿Qué me va a pasar?

JUDITH

Nada, cálmate.

DANTE

Dejadle en paz. Veamos cómo la niña pone al roñoso en su sitio. Será divertido.

Héctor da una patada a la silla y se levanta. Zeta se yergue como un rayo y se planta delante de él. Suelta un gruñido que hace vibrar toda la estancia. Héctor ignora completamente al perro, sin mostrar el menor signo de miedo.

JUDITH

(a Héctor)

No lo hagas. La niña te matará.

HÉCTOR

Para eso he venido, ignorantes. (señalando a la niña) Mi único propósito es irme con ella.

ÁLVARO

(pensativo)

Ahora lo entiendo. Debería haberlo deducido cuando contaste tu historia.

JUDITH

¿Qué? ¿Qué pasa?

DANTE

Suéltalo ya, doctor.

ÁLVARO

No estabas tirándote un farol. Querías perder. Por eso te has cabreado al ganar. Esperabas que nosotros hubiésemos igualado la apuesta para haber perdido.

DANTE

¿Tú también estás perdiendo la cabeza, doctor? ¿Qué clase de razonamiento de mierda es ese?

HÉCTOR

(a Álvaro)

¡Qué gran deducción! (Héctor se sienta y el perro regresa junto a la niña) Tendría que habérselo dicho explícitamente. No sabía que erais tan malos al póquer. Yo habré jugado tres partidas en toda mi vida.

DANTE

¿Entonces es verdad? ¿Querías perder? Menudo zumbado. Ni siquiera sé si quiero tratar de entender por qué.

JUDITH

Ahora lo veo claro, pero es... horrible. ¡Eres un suicida!

DANTE

Cada uno tiene sus manías. (a Héctor) Si lo que te preocupa es deshacerte de las fichas, yo las aceptaré encantado.

HÉCTOR

Haberlas ganado jugando, era bien sencillo. Además, a ti no te regalaría ni un solo minuto de mi vida.

ÁLVARO

Sin embargo, no lo termino de ver claro. Si buscas suicidarte, ¿cuál es el problema? ¿Por qué no lo hiciste antes? No necesitas a la niña para eso.

HÉCTOR

(señalando a la niña)

Antes quería conocer a la Muerte en persona. Verla en este mundo antes de ir al suyo. No imaginaba que fuese una niña.

DANTE

En eso coincido con el roñas, aunque no me guste. Pero aunque sea pequeña, sí le pega ser mujer, ¿no?

HÉCTOR

(ignorando a Dante)

Supongo que esperaba ver algo en la niña que hiciese flaquear mi determinación, que me devolviese las ganas de vivir, pero no ha sido así.

JUDITH

No puedo imaginar lo duro que debe ser soportar tu carga, pero suicidarse es la última opción. No sirve de nada.

HÉCTOR

Eso lo decido yo. De todos modos, en este caso en particular, sí sirve de algo.

JUDITH

(escandalizada)

¿De qué puede servir matarse?

HÉCTOR

Mi tiempo. Me quedan dos años como al resto de vosotros. Perdiendo la partida, mi tiempo puede servir para alargar la vida de otra persona. Por eso vine.

ÁLVARO

Vaya, no se me había ocurrido. ¿Por qué no le has entregado tus fichas a uno de nosotros sin más?

HÉCTOR

Intentaba decidir a quién quería darle mi tiempo. Por eso empecé la partida sin intervenir, estudiándoos sin que lo supierais. Apenas tardé unos minutos en llegar a la conclusión de que al delincuente no le entregaría mis fichas, eso desde luego.

DANTE

No me ofendes, indigente. Y aplaudo tu decisión de terminar con tu apestosa vida. Aunque con lo guarro que eres, puede que la niña no quiera llevarte con ella. No la culpo.

HÉCTOR

Luego estabas tú, Judith. Intenté con todas mis fuerzas

(MÁS)

(CONTINÚA)

HÉCTOR (continúa)
considerarte adecuada para
recibir mi tiempo, pero me fue
imposible. Estás embarazada. Si
pierdes, morirás, tu hijo ni
siquiera llegará a nacer.

JUDITH
(con la voz temblorosa)
Tú no sabes por lo que he pasado.
No tienes derecho a juzgarme.

HÉCTOR
Tengo derecho a juzgar a quién le
doy mi tiempo. Entiendo lo que
pretendes. Si nos ganas, podrás
disponer de ocho años para criar
a tu hijo. La pega es que estás
arriesgando su vida antes
siquiera de que haya nacido. No
le regalaré mis fichas a una
madre así.

Judith agacha la cabeza y solloza. No tiene fuerzas para
responder las duras palabras de Héctor.

ÁLVARO
No le hagas caso, Judith. Tú eres
más fuerte que nadie...

HÉCTOR
Y por último está el doctor.
(Álvaro le mira enojado) En
apariencia una gran persona que
se preocupa por los demás. No me
lo trago. ¿Por qué alguien tan
noble estaría luchando para
robarle su tiempo a una mujer
embarazada? Y encima estando
enamorado de ella.

ÁLVARO
(luchando por contenerse)
Eres un... Tú no sabes nada de
mí.

HÉCTOR
Claro que sí, mucho más de lo que
crees.

DANTE
Tranquilo, doctor, relájate. Lo
único importante es que el
desharrapado va a palmar, y eso
es algo bueno. (a Héctor) ¿Por
qué no nos repartimos tus fichas
y te tiras por la ventana? De ese
(MÁS)

(CONTINÚA)

DANTE (continúa)
modo resolvemos tu dilema y a la
niña seguro que no le importa.

HÉCTOR
Haré con mis fichas lo que me dé
la gana. Tus estúpidas palabras
no pueden afectarme. Me importa
un huevo lo que digáis. César era
el único que merecía la pena de
todos nosotros. Traté de
salvarle, ¿recordáis? Pero perdió
contra el delincuente.

JUDITH
No pensé que fueses así. Te creía
especial.

Héctor se encoge de hombros.

DANTE
El boxeador era un tontorrón. Así
le iba en la vida y así le ha ido
en la partida. (a Héctor) Para mí
no valía nada.

ÁLVARO
(a Dante)
Eso, tú sigue despertando
simpatías.

DANTE
Como si eso importara. Deberíamos
acabar la partida de una vez.
Empezáis a aburrirme.

JUDITH
No puedo entender que alguien te
aprecie. Debes de vivir muy solo.
Seguro que por eso eres tan cerdo
en los negocios.

DANTE
Os estáis poniendo místicos
porque se aproxima el final.
Todos somos basura, sin
excepción. Os resulta más fácil
proyectar vuestro odio en mí por
cuatro titulares que habéis
leído. Os sentís mejor pensando
que yo soy el diablo y
vosotros unos ángeles. Alguno
incluso creerá que lo hubiese
hecho mejor que yo de estar en mi
pellejo con todo mi imperio
económico.

HÉCTOR

De eso yo no tengo la menor duda.

DANTE

Eso piensan los ignorantes como tú. Pero la verdad es que yo he creado miles de puestos de trabajo. Familias enteras han vivido gracias al empleo y el bienestar económico que yo proporciono y para eso hay que valer, mugriento. Hay que tener cojones y una larga lista de cualidades que no entenderíais. Dais pena. Miraos un momento en el espejo. ¿Qué sería de la gente si dependiese de vosotros? Hay una razón para que el mundo lo dirija gente como yo, y es no acabar como vosotros. Ya me estáis hartando. El cáncer me va a devorar en dos años, pero no lo voy a permitir. Voy a ganar y me quedaré con vuestro tiempo. Lo haré para que no los desperdiciéis en vuestras patéticas vidas.

JUDITH

Eres el que menos merece vivir de nosotros. Si hubiese justicia, perderías. La niña debería echarte de la mesa.

DANTE

Pero no lo hará, porque tu opinión no importa. Ni aunque fuese cierto que tú mereces vivir más que yo. Merecerlo no cuenta. Si estamos aquí sentados, es porque las cartas es lo único importante. El que mejor juegue ganará, no el que indique tu estirado sentido de la moral.

HÉCTOR

Es la primera vez que estoy de acuerdo con este energúmeno. Aquí, en esta mesa, por asqueroso que suene, la vida de este (señalando a Dante) tiene tanto peso como las nuestras. La Muerte nos ha concedido la oportunidad de jugarnos nuestro tiempo restante. Las cartas decidirán. Salvo en mi caso, que ya he decidido yo.

DANTE

Gracias por tu apoyo, vagabundo.

ÁLVARO

No suena muy justo, pero es a lo que hemos venido. Y todos lo sabíamos.

LA NIÑA

Zeta, ¿te gusta?

Los cuatro miran a la niña.

La pequeña está dando palmadas sobre la mesa, muy contenta. Está inclinada y mira al perro. Zeta le devuelve la mirada y mueve la cola, muy atento a su pequeña dueña.

Sobre la mesa, la niña ha apilado sus juguetes de un modo imposible. En la base hay una pelota de tenis, sobre ella una pirámide de plástico, encima hay un cubo y por último una estrella. Desafiando a cualquier lógica imaginable, la pila de objetos está en equilibrio perfecto, sin derrumbarse.

DANTE

¿Y eso qué es?

ÁLVARO

Impresionante. ¿Cómo es que no se cae?

Los cuatro estudian los juguetes asombrados. Les cuesta creer lo que ven.

JUDITH

La niña está participando en nuestra conversación.

HÉCTOR

Es la mejor representación del equilibrio que he visto jamás.

JUDITH

Exacto, la Muerte nos está contestando. Hablábamos de quién debe vivir o morir y nos ha mostrado esto. La Muerte se va a cobrar nuestras vidas, eso es inmutable. Nos concede un pequeño margen para que alarguemos una y acortemos otra, pero la duración total no se altera. Ella mantiene el equilibrio.

Mientras están distraídos con la construcción de la niña, Álvaro, con mucho disimulo, cambia las cartas por otras que mantenía ocultas y preparadas.

DANTE

¿Por qué no puede simplemente decirlo? La niña habla, todos la oímos.

JUDITH

Es la Muerte. No podemos entender por qué escoge expresarse de ese modo, pero si lo hace será por una buena razón. No podemos entenderlo todo.

HÉCTOR

Desde luego que Dante no puede entenderlo. ¿Te sorprende?

DANTE

Muy bien, listillo. Entonces, ¿por qué no lo explicas tú?

HÉCTOR

No puedo asegurarlo, pero creo que es porque busca una mayor efectividad en su mensaje.

DANTE

No te sigo. Habla claro, harapos.

HÉCTOR

Si la Muerte simplemente dijera "es una cuestión de equilibrio", hasta tú lo entenderías, eso es evidente. Pero levantando esa pila de juguetes de un modo imposible, consigue que se grabe para siempre en nuestra memoria.

ÁLVARO

Te refieres a que nunca lo olvidaremos por ser algo excepcional, ¿no?

HÉCTOR

Algo así. ¿Crees que se te olvidará esa imagen mientras vivas?

ÁLVARO

No.

HÉCTOR

Sin embargo, unas simples palabras sí podrían hacerlo. Las entendería el troglodita (señalando a Dante), pero el mensaje tendría menos impacto.

DANTE

Qué estupidez. Entonces, según tú, solo se trata de ser original.

HÉCTOR

Lo simplificas demasiado. Se trata de ser contundente. La Muerte está hablando de un modo categórico. No necesitará repetir ese argumento jamás.

ÁLVARO

Siguiendo tu lógica, ¿por eso crees que se trata de una niña con un perro y no algo más corriente?

HÉCTOR

Sí, en efecto. Ninguno nos la imaginábamos así. Por eso captó nuestra atención de inmediato en cuanto la vimos.

DANTE

Siendo la Muerte, te aseguro que hubiese conseguido nuestra atención de todos modos. Me parece muy rebuscado todo ese rollo. Es más complicado este modo de expresarse, hablando con un chucho gigante, que presentarse como una persona normal y decirnos lo que sea. Yo creo que la razón es otra. Se divierte con nosotros. Se parte de risa (a Héctor) y más aún al ver las paridas que se te ocurren. Está aburrida de hacer siempre lo mismo y nosotros le servimos de entretenimiento.

HÉCTOR

Es posible. Nunca lo sabremos, así que tampoco es muy importante. Nada lo es en realidad.

DANTE

La partida sí. Eso es lo importante.

La pila de juguetes de la niña se derrumba sobre la mesa causando un pequeño estrépito.

(CONTINÚA)

LA NIÑA

Ya está bien, Zeta. Quiero jugar más. ¡Siéntate!

JUDITH

Parece que la niña piensa como Dante. Es hora de continuar jugando.

ÁLVARO

Vamos allá.

Álvaro coge las cartas y se relaja al ver que nadie se ha percatado del cambio que ha dado. Baraja rápido, sin alterar la primera mitad de las cartas, y reparte forzando una sonrisa.

DANTE

¿De qué te ríes?

ÁLVARO

De nada en especial.

JUDITH

(a Dante)

Déjale en paz.

DANTE

¿Ahora le defiendes tú a él? Qué tierno...

Todos van poniendo la primera ficha y se descartan.

ÁLVARO

¿Cuántas?

Dante mira sus cartas. Lleva una pareja de reyes.

DANTE

Tres.

Álvaro se las da y mira a Judith. Ella tiene un trío de ases.

JUDITH

Dos.

Álvaro le reparte las cartas y mira a Héctor, quien no tiene absolutamente nada.

HÉCTOR

Servido.

Álvaro se reparte a sí mismo dos cartas.

ÁLVARO
(a Dante)
Tú hablas.

DANTE
(lanzando las fichas)
¿Qué tal si empezamos con una
semanita, perdedores?

JUDITH
Mejor un mes.

Judith pone sus fichas muy tranquila. Dante la mira ligeramente sorprendido.

DANTE
Bravo, princesa. Debes de tener
una mano muy buena.

HÉCTOR
Yo voy.

Héctor empuja las fichas al centro.

ÁLVARO
(sonriendo)
Parece que jugamos todos esta
mano. Celebrémoslo con dos meses.

DANTE
Muy bien, doctor. Tratas de que
nos sintamos cómodos con ese
tonito tan agradable. (Dante
empieza a separar fichas) No te
esfuerces tanto y borra esa
sonrisa que me da náuseas. Veo
esa apuesta tan lamentable que
has hecho y subo a seis meses. A
ver si ahora me hablas con tanta
amabilidad.

Álvaro hace ademán de replicar pero Judith se adelanta.

JUDITH
Antes hablo yo. Voy a aceptar esa
apuesta. Me encantará quedarme
con seis meses tuyos.

HÉCTOR
Yo voy con todo. (los tres le
miran sorprendidos. Héctor
arrastra todas sus fichas al
centro con el brazo) Ahí tenéis
cuanto me quedaba, lo que tanto
queríais. Es todo vuestro.

Se produce un intercambio de miradas lleno de tensión.

ÁLVARO

Yo no voy a renunciar a esa fortuna.

Álvaro también apuesta todas sus fichas. Dante le mira de reojo.

DANTE

No tendrás más remedio que renunciar cuando me lo lleve yo. Ahí van las mías, perdedores (empuja sus fichas y se vuelve hacia Judith) Solo quedas tú, princesa.

Judith baja la vista al convertirse en el centro de atención. Se la ve muy frágil y vulnerable. La mano que sujeta las cartas le tiembla ligeramente.

JUDITH

Por lo visto hemos llegado al final de la partida. (Álvaro la mira con preocupación) Yo también voy.

Judith apuesta todas sus fichas. Álvaro deja escapar una pequeña mueca de dolor involuntariamente. Ve a Judith acariciando su tripa con aire triste.

HÉCTOR

Imagino que podréis con esto.

Héctor levanta sus cartas, que son pésimas, y se recuesta sobre la silla.

Álvaro sigue paralizado.

DANTE

Como el doctor se ha quedado medio atontado, enseñaré yo mi jugada. No tiene sentido retrasar lo inevitable.

Dante destapa un póquer de reyes con gesto satisfecho, sin disimular su alegría.

JUDITH

No es suficiente.

Judith da la vuelta a sus cartas descubriendo un póquer de ases. Dante sufre un pequeño ataque. Se atraganta y tose con fuerza.

DANTE

La madre que... (se lleva las manos a la cabeza) No puede ser... ¡Esto es una puta mierda!

(MÁS)

(CONTINÚA)

DANTE (continúa)
Tiene que ser un error. (mirando
a Judith con odio) ¡Maldita
zorra!

HÉCTOR
Ya está bien, delincuente. Pierde
con un poco de dignidad.

Dante le clava una mirada furiosa y agarra la mesa con fuerza.

DANTE
¿Por qué iba a hacerlo, apestoso?
Voy a palmar, todo da igual.

HÉCTOR
¿Crees que la niña no ha previsto
una reacción como está? ¿Quieres
poner a prueba el perro? Seguro
que hay muchas formas de morir,
pero si prefieres darnos un poco
de espectáculo a todos, adelante.
Desahógate.

Dante mira a su lado y ve al perro sentado junto a él. No estaba ahí hace un instante. Zeta tiene la boca abierta, con la lengua fuera y le mira como si Dante le fuese a dar un hueso. Tarda un poco, pero al final Dante se sienta con postura derrotada. Gira la cabeza y mira a Zeta.

DANTE
(a Zeta)
Tranquilo, muchacho. (resignado)
Espero que nos llevemos bien en
el futuro.

Zeta ladea la cabeza y frota su hocico contra la pierna de Dante en gesto cariñoso.

JUDITH
(a Álvaro)
Solo quedamos tú y yo. ¿Qué
tienes?

Álvaro está completamente pálido, aterrado. No habla y no da muestras de haber oído nada.

HÉCTOR
¿Te encuentras bien?

Álvaro reacciona de golpe, como si le hubiesen dado un susto.

ÁLVARO
Sí, sí, perfectamente...
Perdón...

JUDITH
 (suplicante)
 ¿Qué tienes? El suspense me está
 matando. Por favor, dímelo ya.

A Álvaro le tiembla el brazo entero. Mira sus cartas.
 Lleva una escalera de color, que gana el póquer de ases de
 Judith. Los ojos de Álvaro se mueven deprisa, nerviosos.
 Se posan en el dulce rostro de ella, luego en sus cartas,
 después en su vientre y vuelven a su rostro.

JUDITH (CONT'D)
 ¿Álvaro?

Álvaro suda, lo pasa realmente mal. Por fin abre la boca.

ÁLVARO
 (tartamudeando)
 Yo tengo... Nada. Tú ganas.
 Enhorabuena.

Álvaro mete rápidamente sus cartas debajo de la baraja
 para que nadie pueda comprobar su jugada. Judith da un
 pequeño bote en la silla y una expresión de felicidad
 ilumina su semblante.

JUDITH
 ¡Dios! ¡Casi no me lo creo! (se
 calla de repente al tropezar con
 las caras de sus oponentes)
 Perdón, no había caído en que
 para vosotros no es agradable.

Álvaro observa a Judith con ternura. No puede reprimir una
 leve sonrisa de felicidad.

ÁLVARO
 No te preocupes, es normal que
 estés contenta...

DANTE
 (mirando a Álvaro)
 ¡Lo que me faltaba por ver! Si
 hasta pareces alegre y todo.
 Despierta, doctor. Sabía que eres
 idiota, pero... ¡Bah! ¡Qué más da
 ya!

ÁLVARO
 ¡Cierra la boca de una vez! Me
 alegro de que haya ganado ella.
 Sí, va a ser madre, es lo
 correcto.

DANTE
 No seas necio, ella eligió jugar,
 es igual que nosotros. Si no lo
 (MÁS)

DANTE (continúa)
fuese, habría rechazado la
partida para garantizarse sus dos
años y tener al crío.

ÁLVARO
¡Eso es mentira! No somos todos
iguales. Yo no soy como tú. Y
tampoco como ese suicida a quien
no le importa nada ni nadie.

Héctor se vuelve hacia Álvaro y le atraviesa con una
mirada de hielo.

DANTE
Ya. Tú te crees el mejor ¿a que
sí, doctor?

ÁLVARO
Mejor que vosotros. No lo
dudes...

HÉCTOR
(cortándole)
No lo eres.

ÁLVARO
¿Qué sabrás tú?

HÉCTOR
Te crees mejor por tu sacrificio
pero no es así.

DANTE
¿Qué sacrificio?

ÁLVARO
(perplejo)
¿Lo sabes?

DANTE
(mirando a ambos
desconcertado)
¿Qué? ¡Eh! ¿Qué es lo que sabes?
¡Dímelo, maldita sea!

HÉCTOR
Desde la primera vez que ganaste
a Dante.

ÁLVARO
Me viste... ¿y no dijiste nada?

HÉCTOR
No era asunto mío, ya te dije que
no me interesaba la partida.

Dante da un puñetazo en la mesa.

DANTE

¡Hablad claro, joder!

HÉCTOR

(a Dante)

El doctor se cree mejor que nosotros porque podía haber ganado, pero prefirió retirarse y dejar que Judith ganara la partida.

DANTE

¿Y tú cómo sabes eso, roñas?

HÉCTOR

Porque le vi hacer trampas.

Dante se pone a rebuscar entra las cartas.

DANTE

(sacando las cartas y desplegando la escalera de color de Álvaro)

No me lo puedo creer... (gritando a Álvaro) ¡Así es como me ganaste, maldito cabrón! (a Héctor) ¿Y tú lo sabías y no dijiste nada?

HÉCTOR

Tampoco la niña. No es asunto nuestro.

DANTE

¡Serás gilipollas! Y tú, doctor, debería romperte la boca. Ya no sé cuál me da más asco de los dos. Ni siquiera sé si alguien me ha dado más asco en toda mi vida. Primero, tú no dices nada, ya hay que ser retrasado... Y tú, tramposo de mierda, te atreves a darme lecciones morales.

ÁLVARO

Es cierto que no soy una persona decente. He hecho trampas, pero ha sido por una buena causa. He ayudado a mi hermano y a una mujer embarazada.

DANTE

¡Y una mierda! Has robado. Y no olvides que si has ayudado a tu hermano es porque tú mismo le arruinaste.

ÁLVARO

Sigo vencido de ser mil veces mejor que tú. A saber a cuántas personas, o familias enteras, habrás arruinado la vida.

DANTE

Y a cuántas habré ayudado. No te olvides de lo que te conviene.

LA NIÑA

Terminé. Ya no quiero jugar más.

Los cuatro se quedan en silencio con expresión de sorpresa. Dante tiene congelada una mirada asesina con la que atraviesa a Álvaro.

La niña se sube a la mesa y camina sobre ella hasta situarse frente a Judith.

LA NIÑA

Buena partida. Bien jugado.

JUDITH

(sonriendo)

Gracias.

La niña pone sus pequeñas manos en las mejillas de Judith y le da un beso suave en los labios. Dante, Álvaro y Héctor se dan cuenta de que no pueden levantarse de sus respectivas sillas. No se ve ninguna atadura, pero les es imposible incorporarse. El miedo hace palidecer a Dante y a Álvaro. Héctor permanece sereno.

Judith se levanta resuelta a marcharse.

ÁLVARO

Judith, espera... Me alegro de que hayas ganado tú. Aprovecha bien estos ocho años.

JUDITH

No te preocupes, lo haré.

ÁLVARO

Yo... Nunca te olvidaré.

JUDITH

Yo a ti tampoco.

Judith mete la mano por debajo de su vestido y da un par de tirones. Se escucha el sonido del velcro despegándose. Al final saca un almohadón que imita la forma del vientre y los pechos de una mujer embarazada, y lo deja caer al suelo. Tanto Dante como Álvaro lo miran boquiabiertos.

Judith pasa su mano por el vientre y sonrío al comprobar que está completamente liso.

DANTE

¡La muy zorra! Si me prestasen cinco minutos se iba a enterar.

ÁLVARO

(desesperado)

No puedo creerlo.

HÉCTOR

(a Dante)

Tenías razón, por desgracia. Ha ganado el peor de nosotros, pero no eras tú.

ÁLVARO

¿También sabías lo de ella?

HÉCTOR

(asintiendo)

Yo también quería divertirme con este experimento, como la niña. Habéis jugado tal y como habéis vivido. La niña solo intervenía para garantizar que la partida continúe, pero os dejaba hacer cualquier cosa. Dante trató de aliarse conmigo a vuestras espaldas, Tú de ganar con trampas, César jugó honestamente y ni con mi ayuda consiguió ganar. Judith os engañó a todos. Sacad vuestras propias conclusiones.

ÁLVARO

(furioso)

¡Tú eres un maldito borracho! Si nada te importa, es porque no tenías nada, ni familia. Tampoco el valor para sobreponerte. Por eso bebías. Eres el peor de todos.

HÉCTOR

Cierto. Por eso merezco estar aquí... Contigo.

DANTE

Ya no estás tan contento, ¿eh, doctor?

De repente Álvaro, Dante y Héctor se quedan clavados en el asiento, con la espalda pegada al respaldo y el cuello erguido. La niña se acerca a Héctor y le da un beso en los labios. Héctor cierra los ojos y su cabeza se desploma. Luego repite la misma operación con Dante.

Judith abandona el salón sin mirar atrás y lo último que vemos es a la niña que le va a dar un beso a Álvaro.

38

INT. IGLESIA. - DÍA

Se está celebrando una boda. Hay muchos invitados. El novio y la novia están frente al altar, cogidos de la mano, de espaldas a los invitados.

Jorge los observa orgulloso desde un banco situado en la última fila. A su lado está sentado su ABOGADO. El cura está oficiando la ceremonia.

ABOGADO

(susurrando)

Aún puedes cambiar de opinión. Ya tienes lo que querías.

JORGE

La boda es solo un paso.

ABOGADO

¿Y si incluimos alguna cláusula que me otorgue control sobre la empresa?

JORGE

No. Él es mi heredero y recibirá mi legado. Tú sabías que este momento llegaría, siempre ha sido así en mi familia.

ABOGADO

Y estoy de acuerdo, pero dos años con él... Puede que solo se haya quitado los piercings y buscado novia para satisfacer tus condiciones. Yo siempre te digo la verdad y no me creo que no lo hayas considerado siquiera, aunque sea tu hijo. Tu fortuna es muy tentadora...

JORGE

Olvidas que a ella también la he llegado a conocer durante este tiempo. La fortuna familiar está en buenas manos.

El abogado se rinde ante el gesto inflexible de Jorge. La boda está llegando al final. Antonio, el hijo de Jorge, acaba de dar el "sí quiero".

CURA

(hablando a la novia)

... En el amor y en la

(MÁS)

(CONTINÚA)

CURA (continúa)
 enfermedad, hasta que la muerte
 os separe?

Antonio mira a la novia con ternura y expectación. Vemos el rostro de la novia, que es el de Judith y está absolutamente preciosa.

JUDITH
 (sonriendo a Antonio)
 Acepto. Hasta que la muerte nos
 separe.

Una lágrima resbala por la mejilla de Jorge, que ha logrado ver a su hijo casado antes de que termine su tiempo.

Se da la vuelta y ve a la niña en la puerta de la iglesia, acariciando a Zeta. Jorge camina hasta ella, la coge de la mano y sale de la iglesia.

Judith gira la cabeza y alcanza a ver a Jorge de espaldas con la niña, alejándose por las escaleras. Sonríe. Y esta vez hay algo siniestro en su sonrisa.

39

EXT. CEMENTERIO. - DÍA

Es un día soleado, bonito. Judith lleva el pelo recogido en un moño y viste de negro.

Está de pie ante una tumba, sobre la que dos empleados del cementerio están arrojando paletadas de tierra. El ataúd va quedando enterrado poco a poco. El cura, situado junto a la lápida, cierra su biblia, acaba de terminar su discurso.

Ha asistido bastante gente al entierro. Se ven rostros apenados, indumentarias oscuras y numerosas gafas de sol entre los asistentes. Una pequeña hilera de personas va desfilando delante de Judith. Cada uno le va dando el pésame.

Judith asiente de vez en cuando, pero tiene la mirada perdida en el ataúd, que ya casi no se puede ver por la tierra que tiene encima. Se la ve frágil y apenada, soportando un gran dolor.

Una señora muy mayor se detiene a su lado.

ANCIANA
 Siento tu pérdida.

JUDITH
 (tragando saliva)
 No debí dejarle conducir en su
 estado.

(CONTINÚA)

ANCIANA

Un accidente terrible. Pobre niña. Nadie debería quedarse viuda tan joven.

JUDITH

No sé qué haré sin él. Llevábamos solo 6 años casados...

ANCIANA

Tienes que ser fuerte. Él querría que siguieras adelante. Mírame a mí, yo perdí a mi querido Juan hace 5 años y...

La anciana continúa hablando, pero Judith ya no la escucha. Detrás de la lápida, un par de pasos detrás de donde antes se encontraba el cura, ahora está el mensajero apoyado en su bastón. El anciano la mira fijamente, sin pestañear.

Judith echa a andar dejando a la anciana allí plantada, con la palabra en boca. Rodea la tumba e ignora a un par de personas que tratan de darle el pésame mientras camina. El mensajero espera pacientemente mientras ella acude a su encuentro. Tiene la carta preparada cuando Judith se detiene junto a él.

JUDITH

Por fin. No soporto más estar aquí. Espero que esta vez seamos más jugadores. (El mensajero levanta el bastón y se ven 4 marcas. A Judith no le hace gracia) ¿Tan pocos? Esto no es justo. (el mensajero agita la carta con gesto impaciente. Judith la coge de mala gana) Ya sabes que asistiré, aunque esa tramposa convoque a pocos jugadores para reducir mi premio. (el mensajero hace la marca correspondiente en el bastón y se gira para marcharse) ¡Espera! Dile a esa mocosa que pienso ganar de nuevo. Lo he hecho docenas de veces. Por más que lo intente nunca me atrapará.

El anciano escucha sin manifestar emoción alguna. Luego se vuelve y se marcha cojeando. Judith sonrío mientras le ve alejarse entre las tumbas del cementerio, acaricia la carta. Está contenta.